Tomo XVI

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 21

San José, Costa Rica **1928** Sábado 2 de Junio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

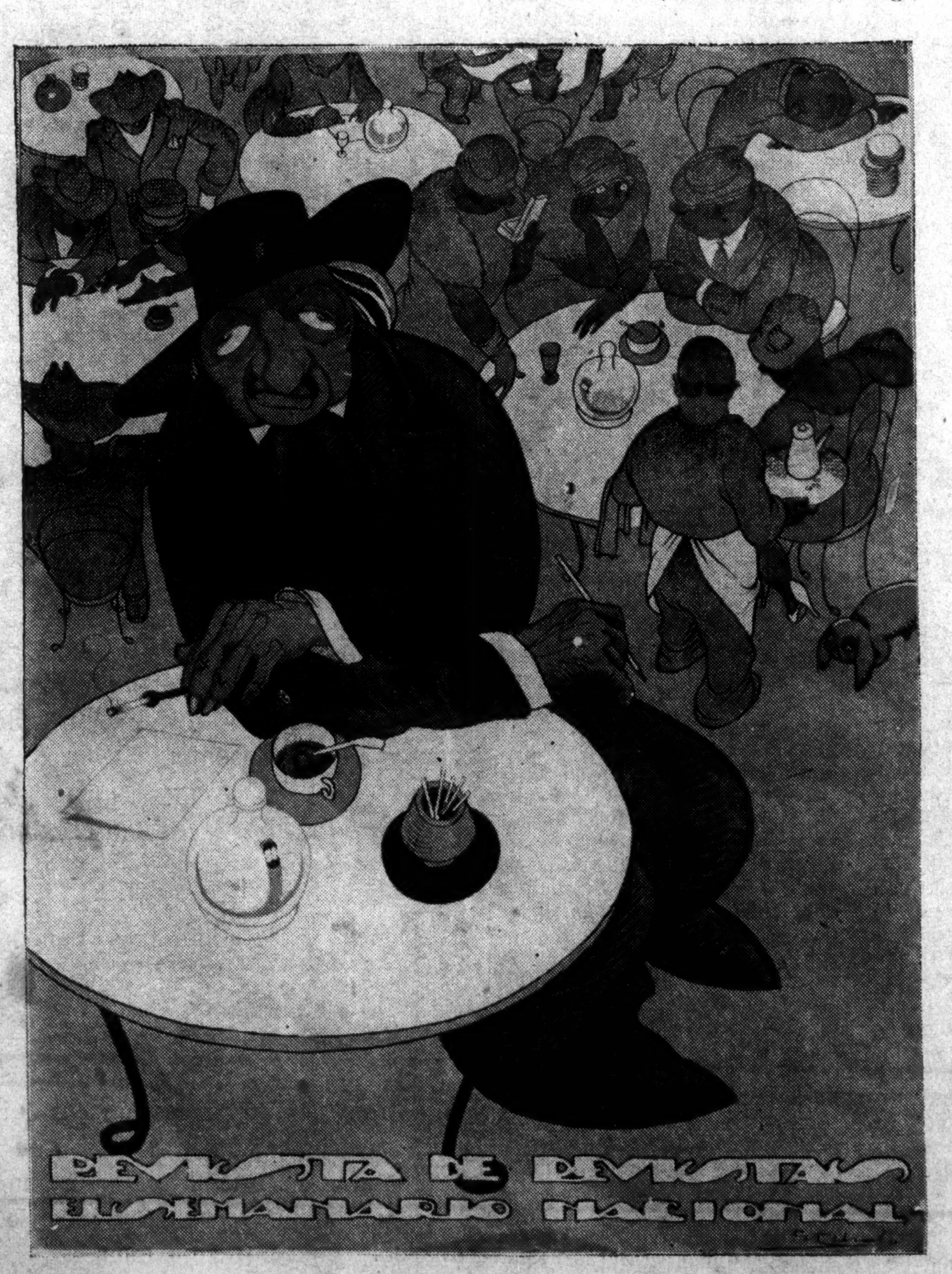
El porvenir de una literatura

El caso de Gómez Carrillo

(Carta al Sr. García Monge).

Bien que le public soit assez distrait - ce que ses occupations quotidiennes suffiraient à expliquer - il a parfois la sensation qu'on le trompe. La meilleure manière de le tromper c'est encore le silence.

Jacques Bainville



(Caricatura de García Cabral).

Leo en la página 150 del *Repertorio Americano* del 10 de marzo del año en curso, que Ud. tan noblemente dirige, mi querido García Monge, una carta escrita para Ud. por mi compatriota Don Mario Sancho, en la cual, a propósito de un programa de madurez vivida al amparo de una vieja ciudad americana, el ilustre ensayista costarricense ataca a mi inolvidable amigo E. Gómez Carrillo. Si hoy me decido a escribirle a Ud. estos breves comentarios en torno al maestro muerto recientemente en esta ciudad de París que él tanto quiso, es porque el Sr. Sancho me merece una gran admiración y porque sus palabras llevan el acento de una sinceridad que en verdad me conmueve. Por lo demás, no quiero ofrendar lechuzas a Pallas Atenea, como en el caso del filósofo que lloraba al pie de la sagrada colina de los griegos: quiero más bien entablar un diálogo a la distancia, mediante su benevolencia, con el inteligente compatriota mío que ha dado páginas de pureza estética a nuestra literatura nacional, enseñando a los costarricenses, en una época no muy lejana, el rumbo de la sabiduría francesa, tal como la sorprendemos en Renán, en Taine, en Guyau, en fin, en todos los escritores que, con elegancia suprema, tuvieron el don de «decir las cosas bien» y de hacer claras las ideas de todas las gerigonzas universales. Y justamente por este acercamiento al genio de nuestra lengua y al genio de la claridad francesa que Don Mario Sancho ha defendido a través de su vida de trabajador y de escritor es por lo que me sorprenden sus conceptos sobre Gómez Carrillo, a quien él confiesa haber admirado, como todos los muchachos de América, en los comienzos de su carrera literaria. ¿Acaso reniega ahora de su juventud con la misma insolencia con que el Philippe de Barrès defendía la suya en sus experiencias del egoísmo? ¿Acaso olvida alguna peregrinación sentimental a través de las calles de este París deliciosamente seductor para todos los hombres de espíritu, peregrinación que él no concluyó, como un rastacuero de Sud América, en los peñascos somnolientos de Monte-Carlo, sino a la sombra de una catedral perdida cerca del mar de Armórica, en torno a cuyas torres las golondrinas tejen los vuelos de un optimismo humano que su maestro preferido cantó en más de una página de sus memorias? ¡No quisiéramos creerlo! No es un rumbo nuevo el que debe de hacer-

nos olvidar que hemos frecuentado anteriormente otros: la perpetua sagacidad del espíritu nos dice que por donde quiera que nuestra alma ha pasado, existen principios eternos, principios que nunca se borran y que van formando, por ello mismo, el intrincado panorama de nuestra sensibilidad.

Efectivamente, en la carta de Don Mario Sancho encuentro, aparte de otras ideas cuya evidente ligereza las pone fuera de discusión, conceptos como éste, que requieren una aclaración de su parte, pues suenan a una condenación demasiado categórica: «El mundo y la tragedia del vivir no fueron otra cosa para él (Gómez Carrillo), que asuntos para hacer frases bonitas. Y pensar que ese retórico impenitente ha sido llamado por alguno de sus necrologistas maestro y rapsoda del amor». Tal es la afirmación que en lo que se refiere al esteta admirable y al hombre más admirable aún que fué Gómez Carrillo, lanza el Sr. Sancho. En cuanto a la retórica de Gómez Carrillo podría decirle al Sr. Sancho, que si algo existe en la obra del autor de *La Grecia Eterna* es, ante todo, un don de poesía, de poesía muy profunda, muy sincera, muy alerta de todas las sensibilidades del alma y muy curiosa de las expresiones que más las hagan realizarse. No defendamos toda su obra, una vasta obra perdida en miles de periódicos y de revistas y una sesentena de libros. Bien sabe el Sr. Sancho que hasta nuestros días no ha existido un escritor, en ninguna literatura conocida, de quien pueda citarse la obra completa como capaz de resistir a la impiedad del tiempo; salvemos de los libros de Gómez Carrillo lo que es de él, lo que no es periodismo, lo que no significa un apresuramiento para llenar las exigencias de una vida fecunda en hechos y en poesía; que el otoño, con sus leyes eternas, haga luego su estrago magnífico. Recuerde el Sr. Sancho que Gómez Carrillo publicó un libro sobre Grecia que es la obra de un gran paisajista en la cual se ensayó, por primera vez, un estilo que todos los escritores de nuestra lengua, años más tarde cultivaron para bien de nuestra literatura. Recuerde que en uno de los tomos de sus memorias hay una dedicatoria hecha con una nobleza de dicción y de sensibilidad como no la encontramos en otro escritor de nuestra lengua. Recuerde que Gómez Carrillo firmó *el Evangelio del Amor* que, si bien es cierto evoca alguna novela famosa de Barrès,—del Barrès de última hora—tiene páginas de una brillantez y de una precisión de gran escritor. Recuerde... pero este viaje nos llevaría lejos, muy lejos, es decir, nos llevaría a salvar de todo lo escrito por el amigo y maestro desaparecido, unos cuantos volúmenes que quedarán como el testimonio de una época de evolución literaria y como la realización de uno de los temperamentos poéticos más auténticos que ha tenido el habla castellana en los últimos años...

En cuanto a la defensa del hombre no hablemos nada: todavía hay muchas personas que nos rodean, cuya sola existencia nos obliga a callar durante muchos años aún antes de escribir el libro sobre la verdadera vida de Gómez Carrillo. Sólo se decirle que este admirable espíritu, en su vida diaria, es únicamente comparable a tipos de la talla de Stendhal, tal como se nos revela el novelista francés en su *Henri Brûlard*... Un poco de silencio por el instante sobre el hombre hará olvidar, por lo demás, muchos pecados originales, entre los cuales está el de haber nacido en Centro América... No le extrañe esta queja venida de otro hombre que ha nacido también en Centro América: pero es que, de todas las revistas que recibo de España y de América, es de mi tierra de origen de donde me vienen las cosas más absurdas y más injustas contra este amigo mío, cerca al cual tuve la dicha de vivir en París siete años... ¡Así va el mundo!...

«¡Sus libros son malos y sus discípulos son peores!»... Sí, mi querido amigo, sus libros son malos cuando los vemos de los Estados Unidos, cuando, tardíamente, descubrimos otros horizontes que nuestra juventud ingenua no supo descubrir a tiempo. ¡Tanto peor para los que han seguido el rumbo de esa literatura en nuestra América! Pero de lo que sí es evidente es que sin Rubén Darío, sin Gómez Carrillo, sin Lugones, sin Rodó, sin los García Calderón, sin Alfonso Reyes, todavía estaríamos en la época de Castelar y de los malos prosistas de España y América. Uno que otro grito precursor — que se había hecho eco de las discusiones de la rue de Rome en torno a la pipa de Mallarmé —y el resto era la desolación más aterradora. Hoy podemos renegar de la contribución literaria de estos maestros y relegar, entre nuestras devociones, muertas como nuestro primer amor, todo lo que forma nuestro espíritu al seguir la evolución de estos seres que trazaron la orientación de una nueva cultura. No olvidemos que sin Darío y sin Gómez Carrillo — ambos de Centro América — existirían dos grandes vacíos en nuestro continente que un raro espíritu español califica de *estúpido*. En cuanto a sus discípulos esta es otra historia, como diría Kipling. Recordemos lo que una tarde nos decía Lugones en París: «*Ahora que acabo de escribir* Los Burritos *toda América va a comenzar a rebuznar*». Pero al mismo tiempo permítame decirle que son justamente los que no son sus discípulos, los que han ensayado otra cosa, —que posiblemente al Sr. Sancho no le plazca,—los que han defendido a Gómez Carrillo de los ataques de una crítica improvisada. En efecto, hace algunos meses estuvo entre nosotros, Gómez de la Serna, quien en una charla de sobremesa, en la cuál nos encontrábamos los García Calderón, Toño Salazar y yo, nos dijo de su admiración por Gómez Carrillo y de todo lo que ha significado para la realización de ciertas conquistas a que están llegando las nuevas generaciones de España y de América. «Sin él—agregó doliéndose de no haberle estrechado nunca la mano—nada de lo que yo hago existiría»... Y así de otros, de otros escritores que hoy admiramos en nuestras patrias. ¿No es cierto, entonces, que sus libros no son malos, como lo afirma tan categóricamente el Sr. Sancho?

Yo siempre he creído que una juventud que no es desbordante, que no es insolente, que no tiene el sentido de la vanidad, del orgullo, de la altanería, de la suficiencia, no es juventud... ¡Que los jóvenes rompan vidrios, que los jóvenes deshagan ídolos, que lancen piedras a todos los valores establecidos, que tengan la responsabilidad de sus acciones y de sus ideas!... Lo que sí nunca he comprendido es que en cierta época de la vida se tome la actitud de la juventud y se lancen afirmaciones que no reposan sino sobre un mentalismo más o menos pasado por los snobismos ideológicos con que nos obsequian los pueblos en formación: he de decir a Ud. que no creo en los seres que descubren a Europa a través de Nueva York, ni en los que hacen lo contrario... Mi actitud, al defender a Gómez Carrillo, obedece, por lo demás, al deseo de hacer un poco de justicia a un hombre desaparecido. Bien sabe Ud. que soy un hombre que tiene apenas 28 años y que por lo tanto mi tarea es la de deshacer todo cuanto encuentre a mi paso; pero además de la admiración profunda que le tengo a Gómez Carrillo, no lo quiero hacer en el caso presente, porque ¿si nos dedicamos a atacar a los verdaderos valores de nuestra América, qué nos quedaría? En este verano, en algún rincón de Francia hacia donde huya para reposarme de la vida de París, estudiaré la obra de Gómez Carrillo, para determinar, hasta donde me sea posible, todo lo que significa en nuestra evolución literaria. Hoy quería simplemente decir a mi compatriota, por medio de Ud., lo que pienso de sus opiniones lanzadas en una carta que tiene el tono de una epístola que trata de orientar juventudes, y en la cual, no sólo Gómez Carrillo sale mal parado, sino su amigo Oscar Wilde, a quien el Sr. Sancho le concede, sin embargo, haber escrito *La Balada de la Cárcel de Reading*, que un alto espíritu de Francia, André Gide, considera como una de las cosas más grandes que se han escrito en la literatura inglesa contemporánea...

Saludo a Ud. muy cordialmente y me prometo escribirle de tarde en tarde, mi querido García Monge. Suyo.

León Pacheco

París, abril 20 1928
61, Bd. Haussmann
París.

Abrimos un concurso

Estamos en condiciones de ofrecer dos premios: de ₡ 200 ($ **50** oro am.) uno, y de ₡ 100 ($ **25** oro am.) el otro, a los dos mejores artículos que nos lleguen acerca de este asunto:

¿América para los americanos o América para la humanidad?

Dentro y fuera del país, concurran los que puedan y quieran.

El artículo ha de condensarse, más o menos, en unas MIL palabras.

Artículos no premiados que sean interesantes y meritorios, nos reservaremos el derecho de publicarlos.

Se cierra el concurso el 15 de Setiembre próximo.

El jurado se nombrará oportunamente.

Los trabajos han de remitirse con las precauciones de estilo en estos concursos.

Rep. Am.



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Los jóvenes de Platón

Trad. de *gm.*

(Concluye. Véase la entrega anterior).

2.—En los jóvenes que se hacen hombres, el carácter se manifiesta más fuertemente, las pasiones son más vivas, la voluntad más determinada. En la infancia nuestros sentimientos se extienden por doquiera, inciertos de la ruta que tomarán; más tarde, acumulados y conducidos hacia un mismo punto, forman una corriente única, y el hombre se lanza a través de la vida por un camino que conoce o ignora, pero que ya no abandona.

Ctesipo es violento y fogoso, especialmente para defender lo que ama. Platón ha hecho de él un combatiente y lo ha empleado contra los sofistas. Dos disputadores, Eutidemo y Dionisodoro, acaban de llegar a Atenas. «Anuncian un curso de virtud; admiten discípulos por dinero; ni edad ni torpeza, ni negocios, impiden aprender en su escuela». En prueba de ello, obligan a las personas, mediante preguntas ambiguas, a dar respuestas contradictorias. Los curiosos atenienses acuden a reír y admirarse: entre ellos se halla Ctesipo, con su amiguito Clinias. Pero, cuando Eutidemo, mediante no sé qué capcioso razonamiento, ha inferido que los amigos de Clinias quieren perderlo, Ctesipo indignado se alza y exclama: «¡Oh extranjero de Turio, si esto no fuera pasar por grosero, te diría: caiga sobre ti la mentira que a sabiendas cometes contra mí y contra los demás, imputándonos lo que aún decirlo es impío, desear la muerte de Clinias!».—Después los acosa y los abruma con amargas palabras.—«Nos injurias, Ctesipo, dice entonces Dionisodoro, tú nos injurias.—Yo no, ¡por Júpiter!, Dionisodoro, pues te amo y te aconsejo como amigo, y trato de persuadirte de no decirme nunca tan groseramente, cara a cara, que quiero la muerte de los que más amo». Sócrates, que está muy tranquilo y con la más oculta malicia, corta la disputa.—Pero Ctesipo, irritado, se encarniza contra los sofistas, desgarra las telas de araña de sus razonamientos, los persigue con preguntas irónicas. Miran a todos lados, hacen mil esfuerzos por escaparse. Se creería ver una cacería, tanto es el ardor que en ello pone. Los dos sofistas pretendían saberlo todo. «En nombre de Júpiter, Dionisodoro, dadme una prueba que pueda hacerme reconocer que dices la verdad.—¿Qué prueba?—¿Sábes cuántos dientes tiene Eutidemo, y sabe éste cuántos tienes tú? Si dices cuántos, y, si después de contarlos, se ve que sabías ese número, os creeremos en todo lo demás». Pensando ellos que se burlaba, no querían responder, pero declaraban saber todas las cosas a medida que Ctesipo las iba nombrando. «Y Ctesipo les interrogaba sin cesar, y sin omitir nada, acerca de todas las cosas y sobre las más vergonzas, preguntándoles si las sabían. Los sofistas, con el atrevimiento más grande del mundo, decían saberlas, yéndose de cabeza contra la pregunta, como jabalíes contra la pica».

Concluye finalmente por adivinarles el método, les hace una pregunta de doble sentido y les obliga a contradecirse delante de sus discípulos y de todos los concurrentes. Luego con una gran carcajada: «Oh Eutidemo, tu hermano ha vuelto el discurso por ambos lados y lo ha perdido y queda derrotado». Clinias se aleja bastante y se pone a reír, de modo que por ello Ctesipo se hizo diez veces más fuerte». [1]

Algunos de esos jóvenes han tomado ya lecciones de los sofistas. Menón, por ejemplo. Lo que los tiene muy orgullosos, «y descansan tranquila y soberbiamente en el lujo de su sabiduría». Y la tienen sin duda alguna, puesto que poseen recibo de ella. Sócrates se burla de ellos con una gravedad imperturbable. Conviene decir que el entusiasta Platón es el príncipe de los burlones. Se halla, como quiere Pascal, a la vez en ambos extremos, y conversando llena todo el intermedio, ya a lo cómico, ya a lo lírico, y en un instante pasa del uno al otro, tan a su gusto en la tierra como en el cielo. Pero esa burla es fina, esas picaduras son ligeras, y esa sonrisa, divina e irónica, siempre es delicada y hechicera.

«Gorgias, dice, os ha acostumbrado a responder sin miedo y magníficamente cuando se os pregunta algo, cual conviene a gentes que saben; él mismo se espontánea a todos los griegos que quieren preguntarle, y ninguno se queda sin respuesta. Pero aquí, mi querido Menón, ha ocurrido lo contrario. Tenemos como una sequedad y esterilidad de sabiduría, y la sabiduría arriesga a abandonarnos para acogerse a vosotros».

Menón no adivina la ironía, y, cuando Sócrates le pregunta lo que es la virtud, responde con una completa seguridad:

«Eso no es difícil de explicar, Sócrates. ¿Quieres que te diga, por lo pronto, en qué consiste la virtud del hombre? Nada más sencillo: consiste en administrar los negocios de su patria, y administrándolos, hacer bien a sus amigos y mal a sus enemigos, procurando, por su parte, evitar todo sufrimiento».

Prosigue, y así extiende delante de Sócrates «un enjambre» de virtudes. Es tan novicio en el arte de razonar, que apenas comprende lo que se le pregunta. Cuando al fin ve que es necesario dar una definición común a todas las virtudes, tropieza y cae de traspiés en traspiés, «en todos los hoyos y en todos los pozos» y, entre otras necedades, dice que la virtud es el talento de gobernar a los hombres. Parece como si Menón no hubiese sido gobernado nunca. A su juicio, un amo que tuviera buenos brazos, un buen látigo, y que hiciera uso de él, sería el más virtuoso de los hombres; ignoro si los súbditos serían de la misma opinión.

Lo más gracioso es que se sorprende de ver por el suelo sus definiciones, y no se declara culpable, sino que declara a Sócrates:

«Había oído decir, Sócrates, antes de conversar contigo, que tú no sabías más que dudar y sumir a los demás en la duda; y veo ahora que fascinas mi espíritu con tus hechizos, tus maleficios y tus encantamientos; de manera que estoy lleno de dudas. Y, si es permitido bromearse un poco, me parece que imitas perfectamente, por la figura y en todo, a ese corpulento torpedo marino que causa adormecimiento a todos los que se le aproximan y le tocan. Pienso que has producido el mismo efecto sobre mí, porque verdaderamente siento adormecido mi espíritu y mi cuerpo, y no sé que responderte. Sin embargo, he discurrido mil veces, por despacio, sobre la virtud, delante de muchas personas y con acierto, a mi parecer».

Menón se admira con tan buena fe y con tanta franqueza que hasta se nos hace simpático. Ese sólido contentamiento le da una serenidad perfecta y una gravedad de lenguaje muy loable. Habiendo disertado muchas veces en público, ha adquirido prestancia y dignidad de orador. Su vanidad nada tiene de frívola, de divertida, ni vaporosa. Camina a paso lento, y muy serio de cara, vestido noblemente en su amor propio. Gusta de palabras que tengan aire trágico, de las definiciones pomposas. Da su opinión con una voz imponente, como

(1) Véase el Diálogo *Eutidemo o El Disputador*.

discípulo de Gorgias, y dirige la discusión a su capricho, cual si fuera él maestro de su interlocutor (1).

El retrato de Alcibíades está hecho con más cuidado que los otros. En él da Platón un ejemplo del natural más excelente pervertido por la educación. ¡Qué de dones espirituales y corporales reunidos en un solo hombre! ¡Qué belleza! ¡qué esperanzas de virtud! Jamás ha habido en nación alguna de la tierra un hombre con quien la naturaleza haya sido más pródiga, ni en quien haya derramado tan felices cualidades.

«Tú crees, Alcibiades, no necesitar de nada; tan generosa y liberal ha sido contigo la naturaleza, comenzando por el cuerpo y concluyendo por el alma. En primer lugar te crees el más hermoso y más bien formado de todos los hombres (y en este punto, basta verte para decir que no engañas); luego eres también de una de las más ilustres familias de Atenas, la ciudad de mayor consideración entre las demás ciudades griegas. Por tu padre cuentas con numerosos y poderosos amigos, que te apoyarán en cualquier lance, y no los tienes menos numerosos por tu madre. Pero a tus ojos el principal apoyo es Pericles, hijo de Xantippo, que tu padre dió por tutor a tu hermano y a ti, y cuya autoridad es tan grande que hace todo lo que quiere no sólo en esta ciudad, sino en toda la Grecia y en las demás naciones extranjeras. Podría hablar también de tus riquezas, si no supiera que en este punto no eres orgulloso».

Es indudable que Alcibíades está orgulloso de tantas ventajas; pero no es insolente en su vanidad; uno sonríe al escucharlo, no se irrita contra él. Son sus sentimientos tan naturales, y tan sinceras sus palabras, que resulta siempre amable. Escuchad al joven noble que se sabe la lista de sus abuelos. Cuando Sócrates le recuerda que los reyes de Persia y de Lacedemonia nacieron de Júpiter:

«Y mi familia, Sócrates, remonta hasta Eurisaces, y la de Eurisaces a Júpiter».

Ya revela aquellas pasiones profundas, aquel gran corazón, aquella audacia en los anhelos, que, como la llama, al punto se enhiestan. Se reconoce al hombre que arrastrará a su país a la guerra de Sicilia, que abarcará en sus esperanzas Cartago, el Egipto, toda la mar, a quien el pueblo ateniense, su émulo y su imitador, adorará como un ídolo; el más brillante, el más temerario, el más dichoso de los generales y de los oradores, victorioso alternativamente en los dos partidos contrarios, destruyendo sus victorias con sus victorias, y a quien no le faltó más que haber tenido a Sócrates siempre a su lado para ser el hombre más grande de la Grecia.

«Si alguno de los dioses te dijera: «Oh Alcibiades, ¿qué querrias más, morir en el acto, o vivir contento con las perfecciones »que ahora posees, renunciando para siempre a otras mayores »ventajas?», se me figura que querrías más morir. He aquí la esperanza que te hace amar la vida: estás persuadido de que apenas hayas arengado a los atenienses, (cosa que va a suceder bien pronto), les harás sentir que mereces ser honrado más que Pericles y más que ninguno de los ciudadanos que hayan ilustrado la república, que te harás dueño de la ciudad, que tu poder se extenderá a todas las ciudades griegas y hasta las naciones bárbaras que habitan nuestro continente. Si, en este momento, ese mismo dios te dijera que serás el primero en Europa pero que no se te permitirá pasar al Asia y adueñarte de ella, no querrías vivir bajo tal condición, yo creo, salvo que tu nombre y poderío resonaran en toda la humanidad. Y creo también que, excepto Ciro y Jerges, no hay un hombre a quien quieras conceder la superioridad».

Este ambicioso corazón no desea menos la virtud que el imperio. La juventud llena de savia y de fuerza aspira a todo y, en el vasto campo de la belleza, quiere recoger todas las cosas bellas.

«¿Qué piensas tú del valor? ¿A qué precio consentirías verte privado de él?—A precio de la vida, si era cosa de vivir con nota de cobarde».

(1) Véase el diálogo *Menón o De La Virtud.*

Este natural también se inclina a la honradez, y tan pronto como se la muestran, por sí mismo a ella se entrega con entusiasmo:

«¿Cuando llegará ese tiempo, Sócrates? ¿Quién me instruirá? ¡Con qué regocijo veré al hombre que lo haga! Que disipe mis tinieblas y todo cuanto quiera, puesto que estoy pronto a no rehuir nada de lo que me prescriba, sea quien fuere ese hombre, con tal que me haga mejor.»

Una señal más segura de un carácter verdaderamente bueno, es que confiese por sí mismo su ignorancia y sus defectos, sin franqueza calculada, sin artificio de orgullo, como se hace casi siempre a fin de obtener gloria de su confesión:

«Te juro, Sócrates, por los dioses, que yo mismo no se lo que me digo, y que corro gran riesgo de hallarme dentro de algún tiempo en muy mal estado, sin echarlo de ver».

No se irrita con quien lo instruye; al contrario, agradece a Sócrates sus reproches, y, en acción de gracias, le coloca su corona en la cabeza. Es religioso y cuando Sócrates se lo encontró, iba para el templo, con aire recogido, los ojos inclinados, en la actitud de quien venera. Aquella piedad de la antigua Grecia aun sobrevivía en la juventud ignorante y respetuosa, encantador recuerdo del pasado, que no era sino una gracia más para aquella hermosa frente.

Niño aún, ya tiene el gusto más sensible y delicado. Como verdadero ateniense no puede soportar los términos bajos y vulgares: quiere que el discurso sea abundante y selecto. Ya es penetrante, y cuando obtiene la verdad, la estrecha con fuerza, y no hay artificio que le haga desviarse de su asunto. Es divertido ver a Protágoras que se agita y suda, y, con el auxilio de los demás sofistas, trata de eludir las preguntas de Sócrates, pero Alcibíades sin cesar lo conduce al terreno para derrotarlo y confundirlo.

«Si Protágoras, dice, confiesa que es más débil que Sócrates en la discusión, esto bastará a Sócrates, si no, que Protágoras discuta interrogando y respondiendo, y que a cada pregunta no exhiba una larga arenga, defraudando el discurso y rehuyendo dar sus razones, hasta que la mayoría de los oyentes hayan olvidado lo que se pregunta». Un poco más adelante, cuando otro sofista, Hipías, quiere intervenir, lo detiene y desde ese momento dirige toda la discusión como capitán hábil e imperioso.

Con todas esas ventajas corporales, espirituales, de corazón, de riqueza, de familia, ¿cómo cayó en los peores vicios, alternativamente adulador, enemigo, tirano del pueblo, él, que había nacido para la filosofía, y cuyo maestro y amigo fué Sócrates? Todo esto provino de la mala educación y de las costumbres de Atenas. La causa que arruinó al Estado corrompió al joven. Había aprendido a luchar, a tocar la cítara, a cantar los versos de los poetas, pero nada más. Su pedagogo fué Zopiro, viejo esclavo de Pericles, la escoria de la casa. Más tarde, cuando entró a los años fogosos de la juventud, cayó entre los aduladores y las seducciones de la plaza pública; así educado por el pueblo, «que es el mayor de los sofistas», olvidó la filosofía, pasó la noche en el libertinaje y el día, en intrigas, y concluyó por no desear más que el poderío y el placer. Describiendo tal estado del alma, Platón se eleva hasta las metáforas más poéticas y audaces. Habla, como procedía Alcibíades: compara aquel loco deseo del poder a un gran abejorro alado, «en torno del cual las pasiones coronadas de flores, perfumadas de esencias, ebrias de vino y de todos los placeres desenfrenados que en pos de él caminan, vienen a zumbar, nutriéndole, educándole, armándole en fin con el aguijón del deseo. Entonces

este tirano del alma, escoltado por la demencia, se revuelve furioso; si halla alrededor suyo pensamientos o sentimientos honrados que pudieran aún avergonzarse, los mata y expulsa, hasta que haya expurgado el alma de toda temperancia y la haya llenado del furor que lleva consigo». [1] Después de sus primeros excesos, esa alma asolada y privada de todo dique, ha adquirido lo que llama Platón las costumbres democráticas, y como nave sin lastre, flota de aquí para allá a través de todas las ocupaciones y todos los deseos. «Vive al día, satisfaciendo el deseo que se presenta; ya se embriaga al son de las flautas, ya toma agua y se vuelve abstinente; tan pronto se ejercita en el gimnasio, como está ocioso, sin inquietarse por nada; otras veces es filósofo. A menudo vuelve a ser hombre de estado, y, lanzándose de repente, va a decir y hacer lo primero que se le antoja. Si gusta de los guerreros, al lado suyo se va; si de los acaudalados, por ese lado coge. No hay orden ni ley en su vida; él llama eso una vida dulce, dichosa, y la arrastra hasta el fin». [2]

Bajo todo estos rasgos de locura, siempre hay, sin embargo, huellas de la antigua belleza. Entra a la sala del banquete, ebrio, con una tocadara de flauta, y viene a invitar a los convidados a beber. Pero sus conversaciones son de buen gusto, y sus discursos tienen una gracia natural, un giro vivo y fino, una soltura y una elegancia ricas de poesía y amenizadas de ingenio. Habla de sus amores con la libertad de un joven o de un griego: es impudencia o impudor, lo confieso, pero tan desprovisto de vanidad, que casi es amable. El corazón ha permanecido generoso y justo. «Se me ha discernido, dice, el premio del valor en Potidea; es Sócrates quien lo merecía, él me salvó». En fin, confiesa con la mayor franqueza del mundo su propia locura y sus propias miserias, y por qué debilidad flota continuamente entre dos extremos.

«Cuando escucho a Sócrates, el corazón me late con más violencia que a los Coribantes. Sus palabras me hacen derramar lágrimas, y veo que a muchos les sucede lo mismo. Cuando escucho a este Marsias, la vida que paso me ha parecido muchas veces insoportable. No negarás, Sócrates, la verdad de lo que voy diciendo; y conozco que, en este mismo momento, si prestase oídos a tus discursos, no los resistiría y me conmoverías como siempre. Este hombre me obliga a convenir en que, faltándome a mí mismo muchas cosas, desprecio mis propios negocios para ocuparme en los de los atenienses. Así es que me veo obligado a huir de él tapándome los oídos, como quien escapa de las Sirenas. Si no fuera esto, permanecería hasta el fin de mis días sentado a su lado. Este hombre despierta en mí un sentimiento de que no se me creería muy capaz, y es el del pudor. Sí, sólo Sócrates me hace ruborizarme, porque tengo la conciencia de no poder oponer nada a sus consejos, y sin embargo, después que me separo de él, no me siento con fuerzas para renunciar al favor popular. Yo huyo de él, procuro evitarlo; pero cuando vuelvo a verlo, me avergüenzo en su presencia de haber desmentido mis palabras con mi conducta; y muchas veces preferiría, así lo creo, que no existiese; y sin embargo, si esto sucediera, estoy convencido de que sería yo aún más desgraciado; de manera que no sé lo que me pasa con este hombre».

Esta vacilación de un carácter medio maleado expresa en resumen los sentimientos inciertos de un pueblo que se balancea entre la sabiduría nueva y la nueva corrupción; pues nunca madre alguna se reconoció mejor en los rasgos de su hijo que la Grecia en los de Alcibíades.

Pero hay otros de ellos cuyo excelente natural preservó, o a quienes ya «ha mordido» la filosofía: Cebes, Glauco, Adimanto, Agatón, que sin embargo, gusta mucho de los bellos discursos risueños y floridos, y, en medio de los razonamientos, se distrae recogiendo flores poéticas. El más ardiente de todos es Apolodoro [1]. Lleva su pasión al extremo, sigue a Sócrates por doquiera, se llena con sus acciones y discursos, y no cree que exista otra vida digna de un hombre.

Cuando hablo u oigo hablar de filosofía, además de que me aprovecho, nada hay en el mundo que me cause tanto placer; mientras que, por el contrario, me muero de fastidio cuando os oigo a vosotros, hombres ricos y negociantes, hablar de vuestros intereses. Lloro vuestra obcecación y la de vuestros amigos; creéis hacer maravillas y no hacéis nada bueno. Quizá también, por vuestra parte, os compadeceréis de mí, y me parece que tenéis razón; pero no es una mera creencia mía, sino que tengo la seguridad de que sois dignos de compasión.—Tú siempre el mismo, Apolodoro; hablando mal siempre de ti y de los demás, y persuadido de que todos los hombres, excepto Sócrates, son unos miserables, principiando por ti. No sé por qué te han dado el nombre de *Furioso;* pero sé bien que algo de esto se advierte en tus discursos. Siempre se te encuentra irritado contra ti y contra todos, salvo Sócrates.

Este impetuoso Apolodoro continuaría su diatriba si no lo detuviesen. Otros, mayores en edad, son más tranquilos; Fedro, por ejemplo, que es tan apasionado, sin embargo, por los discursos, exigiéndolos de todos. Sócrates se burla lindamente de su manía. Esas conversaciones griegas son enteramente francesas, ligeras, vivas, picantes, y sin embargo llenas de amenidad y cortesía, salvo en los momentos en que giran bruscamente hacia el entusiasmo y el ditirambo. Es el vuelo sinuoso y ágil de una abeja, llevada de pronto al cielo por una ráfaga.

«Oh Fedro, si yo no conociese a Fedro, no me conocería a mí mismo; pero no sucede ni lo uno ni lo otro, y bien sé que Fedro, oyendo un discurso de Lisias, no habrá querido oírlo una sola vez sino que habrá pedido que comenzara de nuevo, y el orador le habrá dado gusto. Y no satisfecho aún con esto, concluirá por apoderarse del cuaderno, para rever los pasajes que más le hubieran gustado. Y después de haber pasado toda la mañana inmóvil y atento a este estudio, fatigado ya, habrá salido a tomar el aire y dar un paseo. Y mucho me engañaría, ¡por el Can!, si no sabe ya de memoria todo el discurso, a no ser que sea de una extensión excesiva. Se ha ido a las afueras para meditarlo a sus anchas, y encontrando a un desdichado que tenga la pasión furiosa por los discursos, se ha complacido interiormente en tener la fortuna de hallar uno a quien comunicar su entusiasmo, y precisarle a que le siga. Y como el encontradizo, llevado de su pasión por discursos, le invita a que se explique, se hace el desdeñoso, y como si nada le importara; cuando, si no le quisiese oír sería capaz de obligarle a ello por la fuerza. Así, pues, mi querido Fedro, mejor es hacer por voluntad lo que de todos modos luego habrá de hacerse».

Pero Fedro se burla tan agradablemente como Sócrates; y cuando ve que su amigo se resiste a improvisar un discurso sobre el amor, vuelve contra él sus propias palabras:

«No me fuerces a devolverte tus burlas repitiéndolas con las mismas palabras: «Sócrates, si yo no conociese a Sócrates, no me conocería a mí mismo»; «ardía en deseos de hablar, pero se hacía el desdeñoso como si no le importara». Ten entendido que no saldremos de aquí, sin que hayas dado expansión a tu corazón, que según tú mismo, se desborda. Estamos solos, el sitio es retirado, y soy el más joven y más fuerte de los dos. En fin, ya me entiendes; no me obligues a hacerte violencia, y habla por las buenas».

Es admirable esa filosofía tan poco pedante y tan natural. En ninguna parte se ha visto esa malicia espiritual ni esas sencillas gracias. Se conocía a una vieja arrugada, asistente a bibliotecas, con los ojos clavados en amarillentos in-folios. Pero hela ahí, joven sonriente, coronada de flores a orillas del Iliso. «Por Juno, dice Sócrates, precioso retiro; ¡cuán copudo y elevado es este plátano! Y este agnocasto ¡qué magnificencia en su alto tronco! ¡Y la agradable sombra que nos da su copa parece como si floreciera con intención para perfumar

(1) Véase el Coloquio IX de *La República.*
(2) Veánse los diálogos *El primer Alcibíades o de la Naturaleza humana* y *El segundo Alcibíades o de la Creación.*

(1) Véase el diálogo *El Banquete o Del Amor.*

estos preciosos sitios! ¿Hay nada más encantador que el arroyo que corre al pie de este plátano? Nuestros pies sumergidos en él acreditan su frescura. Este sitio solitario está sin duda consagrado a algunas ninfas o al río Aquiloo, si hemos de juzgar por las figurillas y estatuas que vemos. ¿No te parece que la brisa que aquí corre tiene cierta suavidad y perfume? Se advierte en el canto de las cigarras un no sé qué de vivo, que hace presentir el verano. Pero lo que más me encanta son estas yerbas, cuya espesura nos permite descansar con delicia, acostados sobre un terreno suavemente inclinado. Querido Fedro, eres un guía excelente [1].

Fedro no es menos apasionado que Apolodoro por la ciencia. Dice que no valdría la pena vivir si no existiese el placer de los discursos. Se eleva a los más nobles pensamientos, en medio de las risas del banquete, y elogia el amor, guía de la vida honesta, que no enseña más que la belleza y el bien.

Pero el filósofo quería pintar un espíritu completamente filosófico: en Teetetes ha mostrado el oyente que habría escogido. Ese joven es geómetra, y, de acuerdo con el método de Platón, pasa poco a poco de la noción de las figuras a la contemplación de las puras ideas. Ya busca por doquiera la ciencia, turbado por una muchedumbre de dudas que no detienen a los espíritus vulgares, y particularmente por contradicciones de la naturaleza sensible. Ha leído los libros de Protágoras, pero no le han satisfecho. Comprende que hay un fondo estable bajo las apariencias que pasan sin cesar. Detrás de los fenómenos «que quedan entre la nada y el ser», entrevé las formas fijas y las leyes eternas. Por fin, sigue sin fatigarse, y con una singular penetración, al filósofo eleata que le interroga acerca de los asuntos más abstractos. De un solo vuelo de su espíritu, ha subido ya a la región de los inteligibles. Ved si no qué elogio hace de él su maestro, el grave y sabio Teodoro.

«Ese joven, Sócrates, sea dicho sin ofenderte, lejos de ser hermoso, se parece a ti y tiene como tú, la nariz roma y unos ojos que se salen de las órbitas, si bien no tanto como los tuyos. Sabrás, pues, que de todos los jóvenes con quienes he estado en relación y que son muchos, no he visto uno solo que tenga mejores condiciones. En efecto, a una penetración de espíritu poco común, une la dulzura singular de su carácter, y por cima de todo es valiente cual ninguno, cosa que no creía posible y que no encuentro en otro alguno. Porque los que tienen como él mucha vivacidad, penetración y memoria, son de ordinario inclinados a la cólera, se dejan llevar acá y allá, semejantes a un buque sin lastre, y son naturalmente más fogosos que valientes. Por el contrario, los que tienen más consistencia en el carácter, llevan al estudio de las ciencias un espíritu entorpecido y pronto olvidan. Pero Teetetes marcha en la carrera de las ciencias y del estudio con paso tan fácil, tan firme y tan rápido, y con una dulzura comparable al aceite, que corre sin ruído, que no me canso de admirarle y estoy asombrado de que a su edad haya hecho tan grandes progresos.» [2]

Creo que éste es el único pasaje en que Platón no asocia la belleza y la juventud; un artista como él trata siempre de unirlas; es el placer de su imaginación; a ello va como la planta hacia la luz y halla el retrato de Carmides, el último y el más perfecto.

«Me pareció admirable por sus proporciones y su figura. Cuando Carmides entró, todos se emocionaron y turbaron. Que esto sucediera a hombres como nosotros, nada tendría de particular; pero observé que, hasta entre los niños, no había uno que no fijase en él sus miradas. No precisamente los más jóvenes, sino todos, y le contemplaban como un ídolo».

Tal es la belleza de los cuerpos griegos nacidos de una sangre pura, hijos de una raza libre y ociosa, nutridos en los gimnasios. Hoy todavía se adiestran caballos, pero hombres no. Las razas se han mezclado; el trabajo manual las ha deteriorado; la educación del cuerpo consiste en pasar diez horas diarias encorvado sobre un pupitre; no nos queda más que la del espíritu. Tampoco existe ya escultura, y la única belleza es la de la cabeza y de la expresión. Ved a qué atribuye Sócrates la de Carmides:

«Es justo, ¡oh Carmides!, que sobresalgas entre los demás por todas estas cualidades; pues no creo que ninguno de nosotros, remontando hasta nuestros abuelos, pueda presentar en Atenas dos familias capaces de producir por su alianza un renuevo más precioso ni más noble que aquellas de las que tú desciendes. En efecto, Anacreonte, Solón y los demás poetas han celebrado a porfía la familia de tu padre, que se liga a Critias, hijo de Dropio, diciendo lo mucho que ha sobresalido por su belleza y su virtud, y por todas las demás ventajas que constituyen la felicidad. Por la de tu madre sucede lo mismo. Jamás se conoció en el continente un hombre ni más hermoso ni mejor que tu tío Pirilampo, embajador que fué ya cerca del gran rey, ya cerca de otros príncipes del continente. Esta familia no cede en nada a la precedente. Con tales antepasados, tú no puedes menos de ser el primero de todos».

Ha sacado también de su noble sangre los dones de la gracia y del alma; sus compañeros dicen que ya es filósofo y poeta; y para usar las palabras de Homero y Platón, su madre ha engendrado un hombre dichoso: pues tiene la inteligencia pronta y no está orgulloso de tan grandes ventajas; su modestia y su belleza se adornan recíprocamente. Sócrates le pregunta si ya cree saber bastante: «Carmides se ruborizó al pronto, y pareció más hermoso, porque la modestia cuadraba bien a su edad juvenil; después dijo con cierta dignidad, que no le era fácil responder en el acto sí o nó a semejante pregunta. «Porque, añadió, si niego que soy »instruído, me acuso a mí mismo, lo que no es razona»ble, y además doy un mentís a Critias y a muchos »otros que me creen instruído, a lo que parece. En el »caso contrario hago yo mismo mi elogio, lo que no es »menos inconveniente. Yo no sé qué responder». Así elude una pregunta difícil, y en todo el resto de la conversación se mantiene siempre a igual altura. Sigue muy bien una discusión sutil, y propone definiciones bastantes sólidas. Hay un momento en que se nota una fina sonrisa en sus labios, cuando, por una ironía indirecta y ligera, induce a su primo Critias a que ocupe su lugar, y lo entrega a las refutaciones de Sócrates; la agudeza es el último adorno de su belleza. [1]

Ha debido notarse el reposo de estos discursos. Esta tranquilidad no excluye el arranque ni el entusiasmo; no es más que la serenidad de un espíritu que sin esfuerzo halla la verdad, se despliega sin precipitación y goza de su fuerza. Los personajes no se interrumpen unos a otros; los oyentes de Sócrates siguen todos los giros de la discusión sin apresurarla. Se detienen con gusto en las digresiones que en ella mezcla Sócrates; no tienen prisa. Cuando hablan, dejan correr sus pensamientos en el tono más sencillo y más fácil, sin buscar el ingenio o la elocuencia; siguen la pendiente uniforme en que se deslizan, sin apresurarse ni detenerse; se abandonan a su naturaleza, que es bella y todo lo hace bien.

Me parece que las estatuas que aún nos quedan de la antigüedad son un comentario a este cuadro. Expresan, como los Diálogos, la perfección de la raza, el pleno desarrollo, la juventud y la dichosa serenidad de las almas. Entre las del Museo, señalaría la de Carmides. [2] La belleza del cuerpo es maravillosa, esbelta y fuerte, de una proporción delicada. Aquellos escultores jamás habrían hecho la Eva maciza ni las tres Gracias carnosas

(1) Véase el diálogo *Fedro o de La Belleza.*
(2) Veáse el diálogo *Teetetes o de la ciencia.*

(1) Véase el diálogo *Carmides o De la Sabiduría.*
(2) Colección de yesos, detrás de las estatuas del Partenón, a la derecha, cerca del Coloso *(N. del A.)*

de Rafael. Está desnudo, de pie, con la cabeza un poco inclinada sobre el pecho, el porte serio y tranquilo, inmóvil como un sér que se deja vivir; su actitud es de una nobleza sorprendente; parece superior a toda agitación. La cabeza no es más expresiva que el resto del cuerpo; el espectador no se siente atraído, como en las figuras modernas, por la frente pensativa, por la pasión de la mirada o de los labios. Con tanto gusto se contemplan los pies ágiles y el pecho fuerte como la hermosa cara; agrada tanto sentir la vida de ese cuerpo como ver que piensa su espíritu. La naturaleza humana en él no se ha desarrollado de un lado tan sólo, como entre entre nosotros; aún se halla en equilibrio; goza de sus sensaciones como de sus sentimientos, y de su vida física tanto como de su vida moral. Los griegos honraron al atleta vencedor como al poeta o al filósofo, y los combates de fuerza y agilidad, que son entre nosotros la diversión del populacho, entre ellos son una fiesta nacional. El cuerpo desnudo es casto como todas las verdades antiguas. Es la oposición entre la vida corporal y la espiritual lo que hace impúdica la desnudez. Habiéndose rebajado y despreciado la primera, ya no se atreven a mostrar los actos y los órganos. Los ocultan; el hombre quiere aparecer todo espíritu. Allí, nada le ruboriza y encuentra bello todo lo que es natural. Por fin esos ojos sin pupilas convienen a una cabeza que no es expresiva. Su divina serenidad no desciende hasta el hecho y no necesita mirar. Poco o poco, al contemplar la estatua, se adivina su alma. Se recuerda la seriedad profunda y la mirada vaga de los caballos de noble raza que pacen la hierba y se detienen un instante, con la cabeza en alto hacia el viajero que pasa. Una vida interna en silencio se narra en este espíritu tranquilo; no razona, sueña; lentas imágenes pasan por él, como procesión de nubes bajo el azul luminoso del cielo. Pero examínese el óvalo puro y orgulloso de ese rostro, y se verá que ese joven que reposa es un soldado de Pericles y un discípulo de Platón.

HIPÓLITO TAINE

(Traducido del volumen *Essais de Critique et d'Histoire*).

Noticia de libros

2 novelas de la revolución mexicana.
*—**Los de Abajo**, de Mariano Azuela.—*
***Panchito Chapopote**, de Xavier Icaza.*

LA revolución ha traído grandes transformaciones espirituales en México. Desaparecido el caos y en marcha hacia la disciplina mental, se proyectan consecuentes con la esencia revolucionaria, obras de mérito indiscutible; principalmente la pictórica, que ya no responde a un deseo individualista, sino nervado por las pulsaciones del momento, es producto de la aspiración justa multitudinaria. Naturalmente incomprensible a la burguesía por su calidad proletaria. Al par con estas manifestaciones plásticas se larva la novela, como un producto de cultura, acreadas en las inquietudes nativas rebeldes. Así *Los de Abajo* de Mariano Azuela, de ambiente netamente mexicano, es una obra panorámica de la idiosincracia indígena. Pero no una novela de la revolución como se le quiere atribuir en algunos centros de América que desconocen en lo absoluto la ambición de toda revolución clasista, en particular la mexicana, que marcha sin haber todavía definido su posición política social.

Los de Abajo es la máscara anecdótica de la revolución mexicana, donde no se ha captado el menor *optimismo* de las clases productoras que luchan por su liberación económica. Más bien, *Los de Abajo*, en cierto modo, responde a una mentalidad cansada y salida de la reacción, que descontenta de su posición frente a la vida donde combaten los opresores y los oprimidos, se concreta —sin animar la consumación de los ideales—a buscar solamente cuadros episódicos que en lo superficial descastan el objetivo puro de la revolución, pero que en el fondo se construye con superlativo optimismo una nueva conciencia, responsable de sus actos. Precisamente, esto es lo que no se encuentra en *Los de Abajo*, saturadas todas sus páginas de pesimismo y desengaño.

Los episodios tomados con deliberada moralidad conservadora, justifica una vez más que los intelectuales son enemigos de la causa proletaria, cuyo retrato es aquel célebre mentor intelectual pintado en la novela con realismo desnudo, con la cobardía e hipocresía intelectual innata, biológicamente traidor a toda emancipación.

En cuanto a la audacia y heroísmo de los soldados revolucionarios, es poco cuanto se diga, asimismo de la inseparable soldadera que calienta con sus palabras arengatorias el frío de algunas horas donde se sienten vencidos los regimientos.

No obstante, en la novela de Azuela se ve México en su plenitud aventurera, desgarrándose sus hijos en defensa de la tierra y contra el imperialismo yanqui. Sus hombres románticos, como nuevos quijotes conquistando su alegría económica de pulgada en pulgada. Es de esta lucha como se está elaborando el derecho al canto, el derecho que tiene el pueblo a la estética, pero esto nunca llegará a definirse mientras no se establece completamente el Estado socializado.

Panchito Chapopote ya es otra cosa, negación de todo un ciclo artístico que se ha autollamado revolucionario. Momento evolutivo de carácter anarcoide, que como lógico proceso determinista precipitó su destrucción, cuya síntesis se proyecta en la literatura antiimperialista que yergue sus aristas tonificadas por una causa. *Panchito Chapopote* es el camino inicial de la novela americana, desentrañada de todo bluff estético, pero donde se polariza el espíritu animador de un soldado constructor de la revolución.

En sus páginas está pintado el tropicalismo veracruzano amargado por la Huasteca que hunde al país. Nos hallamos frente a la realidad del imperialismo económico. La pugna de dos imperialismos que tienen fines idénticos; que luchan por las grandes concesiones petroleras de México, como en las otras naciones poseedoras también del oro negro. Cómplices de ellos son las mismas autoridades, las que no representan al pueblo, y que con la inmoralidad sensual del latino-americano comprometen la soberanía y la libertad del país a cambio de un puñado de dólares. Este es el espectáculo de la novela de Xavier Icaza, pero con una esperanza pluralizada de optimismo hacia la realización integral de la justicia.

En esta novela palpita la corriente política de dos tendencias absorbentes que han servido un momento de experimentación: el comunismo y el fascismo, este último nacido de una necesidad burguesa, sin trascendencia humanitaria, está descartado de arborecer en nuestros pueblos—ni el comunismo podría salvar, ni siquiera del colonialismo espiritual en que vivimos—por eso en México se ha creado un nuevo concepto político nacido de la realidad imperante y que traerá el advenimiento nacionalista de la América india.

La posición, francamente antiimperialista, adoptada por Xavier Icaza en su última novela editada por CULTURA, es única en las letras latinoamericanas. Posición que debieran adoptar todos los escritores honrados como una responsabilidad histórica, tanto más que son los primeros en ver el peligro del coloniaje económico yanqui, voceado hasta por los mismos escritores del norte que se enrolan a nuestras filas combatiendo para formar un frente único.

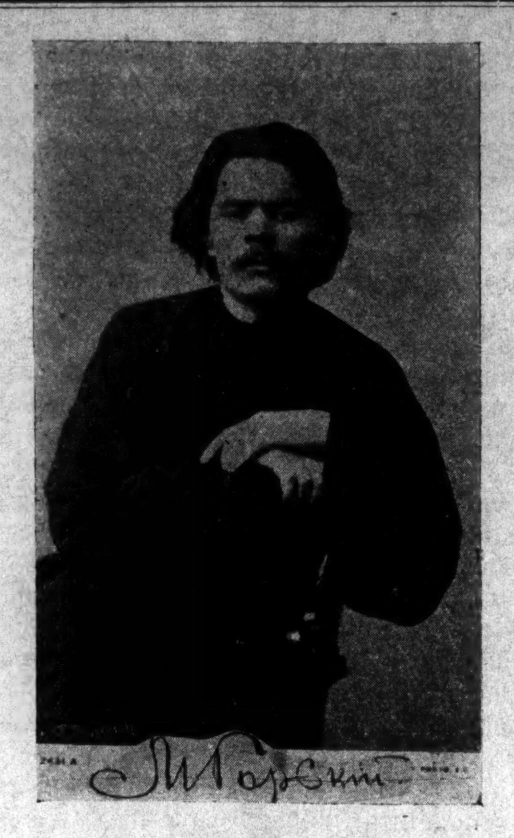
Panchito Chapopote sí puede ser un producto solvente de la revolución mexicana, aurora de futuras realizaciones en el campo de las letras, con elementos propios de la tierra, para edificar la conciencia americana nativa que hará crugir las fronteras desde el río Bravo hasta la Patagonia. Asumamos la responsabilidad de borrar los límites, solamente concepto geográfico que nos distancia para apuntalar la gran patria, porque mientras no nos unamos, pereceremos.

Serafín Delmar

México, D. F., marzo de 1928.

Si existe ese algo inmenso, inmensurable, vasto, triste y deseado, que llamamos Rusia, hay que decir que está expresado en su mayor parte por Gorki.

ALEJANDRO BLOK: Los nuevos días.



El hombre y los ex-hombres

Gorki y el Soviet.—Al estallar la revolución bolchevique, Máximo Gorki culminaba en su apostolado por los «ex-hombres». Toda su vasta y bella obra había revelado un mesianismo infatigable en pro del mundo, borrascoso y trashumante, de los sin hogar. De suerte que al triunfar el Soviet, con su Evangelio proletario, Gorki tomó partido por las reivindicaciones comunistas.

Conocida es universalmente su labor en pro del Arte y la Enseñanza, ya como director general de ésta, ya como propagandista periodístico. Su diario *Vida Nueva*, al apoyar resueltamente a Lenin, contribuyó a afirmar el régimen, combatiendo a sus enemigos a sangre y fuego.

Su libro *El mujik*, aparecido en 1922, tiene como ha dicho Pietro Pancrazi, «la frialdad de un documento y la eficacia de un libelo». Su biografía de Lenin, publicada a la muerte del dictador rojo, produjo sensación inmensa. Y, en fin, sus *Notitas* (1924), soberbia recopilación de retratos, escenas y episodios comunistas, lo muestran, ya expatriado y perseguido, confiscados sus bienes y su periódico, en aquella actitud colérica del fiel que comprueba el perjurio.

Gorki confiaba en la acción. Enemigo del «oniguenismo», de Puchkin; del «oblafismo», de Goncharof; de cuanto en la historia de su país significa conformidad y quietud, era—frente a la resignación mística de Dostoiewsky, frente al «no oponerse al mal», de Tosltoi—apóstol de la rebeldía.

Sus *bosiaki* (vagabundos), llamados por Anatole France «los indios de Rusia», descubiertos por un Colón iracundo, formaban en batalla frente a la burguesía inclemente. Durante medio siglo, los *bosiaki* son yunque del martillo plutócrata. De pronto, al advenir el Soviet, el yunque se trueca en martillo. ¿No era esto, precisamente—ser martillo—, lo que hacía aborrecible a la burguesía? ¿No eran la fuerza y la violencia, remachando el grillete de Prometeo, como en la tragedia de Esquilo.

El Soviet, como antes el zarismo, impónese por el terror. Despoja, encarcela, fusila, Su obra no sólo es violencia y venganza, sino corrupción y mentira. ¿Puede autorizar Gorki tanta y tanta monstruosidad?

Tres generaciones.—Lenin no consentía réplicas. Gorki no podía callar Surgió, pues, la ruptura, resonante, dramática. Una buena mañana, agentes de la Checa, rodearon la imprenta de Gorki, que hubo de escapar más que aprisa.

Primero en Berlín; luego en Nueva York; más tarde en su retiro habitual de Capri, el genial escritor denunció ante el mundo el gran fraude. El Soviet, lejos de ser la redención, era una nueva y ominosa esclavitud. Al zarismo aristocrático había sucedido el cesarismo demagógico. A la corte de Peterhof, el Instituto Smolny. Al Sínodo de Pobedonosef, el Comité de comisiarios del pueblo.

Este fermento bolchevique operó en Gorki como un formidable reactivo. Y en Capri, junto al mar azul, el apóstol de los ex-hombres fué metodizando sus cóleras por la reflexión y sus juicios por el documento, hasta dar, en su libro *Los Artamonof*, un robusto resumen del comunismo al través de tres generaciones: el *mujik*, de la época de los siervos; el industrial dilapidador, de la época zarista y el revolucionario bolchevique. Generación aldeana y crédula. Generación industrial y ambiciosa. Generación revolucionaria y tiránica.

Las tres generaciones de Artamonof no sólo se dañaron a sí mismas, sino que quitaron la fe y la paz a los siervos, a los *mujiks*, a los obreros de toda Rusia.

«Pecasteis—dice Gorki—. Delinquísteis. Son innumerables vuestras culpas. Yo os miraba, sin quitar ojo, preguntando: «¿Cuándo acabará todo esto?» Y acabó. Habéis dispersado a los hombres, como polvo, como guiñapos...»

Los trenos de este Jeremías eslavo suscitaron largas y vivaces polémicas en su país. La reacción no se hizo esperar. Durante semanas, durante meses, fue cuajando la atención pública. Al cabo, aprovechando el sexagésimo aniversario del natalicio, Rusia se decidió a desagraviar a Gorki.

La apoteosis del desterrado.—En Moscou se creó el Comité central. Con el concurso de la Biblioteca Lenin, organizóse una Exposición Gorki, donde figuran, con las obras en ruso, traducciones en todos los idiomas, críticas, ensayos, retratos, bocetos de sus dramas, fotos de sus películas...

El comisario de Instrucción pública ordenó a todas las escuelas solemnidades en honor del genial ruso. Nijni-Nugorod ha creado una Biblioteca, y Kanavino, una Universidad Obrera. En Uladimir todas las fábricas celebraron veladas literarias. En Kazan, los teatros dieron funciones gratuitas con obras de Gorki. En Georgia, en Tiflis, ¡hasta en Siberia!, se celebró el aniversario—27 de marzo—,entre el frenesí popular.

Leningrado le honró con una sesión magna, presidida por Glazunof, Stanislauski y Oldemburg. Bukanin dió en Moscou una conferencia. Chekof y Korolenko se ofrecieron a prologar las «Ediciones del Estado» con las obras completas en veinte lujosos volúmenes. Lunacharsky dirigió un número extraordinario de las *Izvestia*, donde han loado a Gorki, desde Stalin hasta Rikof, todos los bolcheviques de nota. Por último, se ha bautizado con el nombre de Gorki los vagones de cuarta clase, donde viajan los «ex-hombres».

El desagravio a Gorki tiene los caracteres de una apoteosis nacional. En las ciudades como en las aldeas, en las escuelas como en las fábricas, en los cafés como en los trenes, el retrato de Gorki, compitiendo con el de Lenin, desata las aclamaciones del pueblo. Los mismos que firmaron su exilio claman ahora ardorosamente por la vuelta del desterrado. Para el tiempo, supremo juez, la justicia podrá nublarse; mas al fin, como en la divisa cervantesca, «tras las tinieblas surge el Sol».

En tanto, el desterrado genial vive en Berlín—con su segunda esposa y su niña de pocos años—la vida rehecha, pero melancólica, del hombre que padeció por los ex-hombres. La intelectualidad universal le ha consagrado—como a Romain Rolland, el apóstol del pacifismo—un homenaje de fervor y admiración, entre cuyas firmas insignes figura Miguel de Unamuno.

¿Tornará Gorki a su país? ¿Cederá a las aclamaciones de un pueblo que tan férvidamente le desagravia? ¿Volverá el hombre a los ex-hombres?...

Cristóbal de Castro

(*La Libertad*, Madrid).



El centenario de Fray Luis de León

Es incierta la fecha y aun el año en que naciera uno de los más altos ingenios líricos de que se ufana la historia de las letras en el Occidente de Europa. Cabe dudar si nació en 1528. Algunos le hacen venir al mundo en 1529, y no falta quien señale el 27 como el de su fausto advenimiento. Incuestionable mérito asume esta pesquisa por la magnitud del hombre y el carácter de inmortalidad que ya poseen sus obras. Luis de León nació en Belmonte; recibió en la Universidad de Salamanca el bautismo de la ciencia, y profesando en ella adquirió el caudal de conocimientos que hizo brillar su nombre entre los sabios y eruditos de su época, no pocos en verdad y de centenaria estatura. Fue amigo de muchos de ellos, y los más visibles le prodigaron alabanzas merecidas que constan en las obras de Francisco Sánchez, Nicolás Antonio, Arias Montano y otros. Sus obras fueron dadas a luz primeramente por el generoso y diligente Francisco de Quevedo y Villegas, cuyo amor a las letras y cuyo regocijo con los lauros del ajeno talento evitaron la pérdida de joyas del lenguaje como las obras originales y las traducciones de Fray Luis, para no decir de las delicadas composiciones líricas del Bachiller Francisco de la Torre.

Con especial consagración y no sin honrosos resultados dedicó Fray Luis su tiempo y sus talentos a la teología y a los estudios bíblicos. Desempeñó en Salamanca la cátedra de teología escolástica, y allí mismo dictó conferencias sobre la Vulgata, acerca de la cual su saber tenía hondas raíces en razón de sus extensos y maduros estudios sobre la lengua hebrea. Las opiniones suyas acerca del texto latino de la Biblia, sus disputas con algunos exégetas del tiempo, y el haber traducido para contentamiento de la monja Isabel Osorio los himnos epitalámicos que en la Vulgata se llaman *Canticum Canticorum Salomonis*, sirvieron de armas a sus enemigos deseosos de perderle. Por algunas de estas transgresiones a la rigidez de su orden y a la inflexible severidad de los tiempos, fue acusado el grande agustino y llevado a la prisión, donde en cuatro años de privaciones y amenazas no fue posible sorprenderle en contradicciones ni arrancarle pruebas contra sí mismo o contra sus amigos, no obstante la amenaza del tormento. Su carácter, el vasto saber de que se le hacía poseedor, los valedores y amigos que tuvo sin duda, contribuyeron a morigerar los males de la prisión y le libraron de la tortura y de la muerte. En su flaca naturaleza corporal la rueda habría sido un cadalso. En aquellos tiempos, como lo han hecho ver Fitzmaurice Kelly en su bella monografía acerca del gran lírico español, y Bernard Shaw en sus corrosivos y lúcidos comentarios al proceso de Juana de Arco, las leyes eran severas hasta lo inhumano, pero la justicia y la razón solían quebrar menos frecuentemente y con no tan descarado empeño como en tiempos más cercanos de los nuestros y más favorecidos por los adelantos de la higiene y la mecánica.

Un erudito flamenco del siglo XVII dió nacimiento a la especie, muy difundida hoy entre los historiadores de la literatura, según la cual Fray Luis al volver a abrir su cátedra, empezó con las palabras: *Dicebamus hesterna die*. La frase ha venido a ser una flor literaria; pero entre las razones que pueden alegarse para dudar de su autenticidad está la de que aparece en formas diversas, según la lengua del autor que la cita. Los sajones la traen generalmente tal cual la hemos puesto nosotros, usando la voz *hesterna* que se parece a *gestern* y a *yesterday*. Los españoles e italianos suelen suavizarla poniendo: *Dicebamus heri*, en que *heri* se parece más a *ieri*, a *ayer* y a la forma francesa del mismo vocablo.

Se ha dicho que Fray Luis de León era de origen israelita. Lo dió a entender el mal hombre de León de Castro, su rival y perseguidor en Salamanca, y lo hace pensar el nombre íntegro de la familia, que era, según parece, Ponce de León. Además, hay en sus poesías originales y en las versiones del hebreo suyas que se conservan, una melancolía de carácter inequívoco, reveladora de sutiles concordancias entre sus estados de espíritu y el de aquellos poetas que dijeron en los salmos su irremediable tristeza con estas palabras:

> In salicibus in medio ejus
> suspendimus organa nostra.

Fue sacerdote ejemplar, y puede afirmarse que su virtud no fue mera ausencia de apetitos sino el resultado de combates permanentes entre sus inclinaciones y su razón desvelada y perspicua. Sus poesías dan testimonio de una sensibilidad múltiple y refinada. Recibía impresiones vivaces, de sello elevadamente personal, buscando la belleza en los aspectos del paisaje, en el furor de los elementos, en las actitudes y gestos de la figura humana, en el juego de las pasiones, en la combinación de las ideas y de las notas musicales, como lo expresó con infinita dulzura y distinción en su oda *a Francisco Salinas*. No fue extraño sin duda al amor terreno. Para una monja de su conocimiento vertió los cantares de Salomón y *La Perfecta casada* fue escrita para servir de espejo de costumbres y derretero de la perfección a una señora del mismo apellido que la monja. Sin embargo, la suspicacia de la moderna investigación literaria nunca ha llegado a hacer la más leve insinuación de liviandad en esas relaciones sentimenlales. De que hubo de su parte una honda pasión templada por el deber y el magisterio, profundamente sentida pero enfrenada y decorosa, dan testimonio sus poesías, entre otras algunos de sus sonetos, especialmente el que empieza diciendo:

> Agora con la aurora se levanta
> mi luz, agora coge en rico ñudo
> el hermoso cabello, agora el crudo
> pecho ciñe con oro, y la garganta.

y termina con estas frases de abnegación perfecta:

> Ansí digo, y del dulce error llevado,
> presente ante mis ojos la imagino,
> y lleno de humildad y amor la adoro
> Mas luego...
> ...conociendo el desatino,
> la rienda suelta largamente al lloro.

En sus días esta manera de sentir no era nueva; pero no estaba en el ambiente. Jamás ha sido la poesía lírica el género de más asiduo cultivo entre los poetas españoles. El siglo de oro fue el de la más abundante cosecha en obras dramáticas, en creaciones novelescas y en un género de poesía lírica ordinariamente manifestada en prosa, bajo las especies del amor sobrenatural, o sea la mística. En poetas líricos la literatura española no fue abundante ni siquiera en el siglo de oro. Después de la muerte de Calderón, quien le arrancase a la lengua española sones líricos de la altura y profundidad que Fray Luis de León, no hubo en tres siglos más que el autor de

> Juventud, divino tesoro,
> ya te vas para no volver.

Y tal parece como si este género de inspiración fuese en verdad cosa incompatible con el puro genio español, porque aun en las mejores épocas de la producción lírica española el móvil proviene de fuentes extrañas. Boscán sigue el consejo de Navagero y se embebe en la forma y en el contenido de la poesía italiana para promover la fecundísima reforma a que dió origen su ejemplo. Garcilaso, de sorprendente capacidad asimilativa y de una riqueza imaginativa y sentimental extraordinarias, procede del modelo italiano. Fue originalísimo en el concepto y en la vestidura exterior, porque su talento llegó a las fronteras del genio; pero la influencia extranjera es tan manifiesta que muchas frases de la lengua literaria del día, debidas a su ejemplo, fueron en su época ruidosos y excusables italianismos. El Marqués de Santillana, anterior a Garcilaso en un siglo cabal, se dejaba influír con beneplácito y no sin provecho por los *Triunfos* de Petrarca y las rimas de Dante. No es difícil rastrear la dulzura del modelo italiano en Francisco de la Torre, cuyas poesías contienen líneas completas de maestros italianos vertidas al romance español con ingenua fidelidad. Fray Luis de León, cuyas facultades de poeta lírico no habían menester extraño impulso, tradujo también versos italianos como para mostrarse dócil a los gustos del día. El no había menester ejemplos. De una rica y variada sensibilidad, dueño de los conocimientos de su tiempo, maestro de varios idiomas antiguos y modernos; poderoso y gentil dominador de su instrumento no sólo en las formas exteriores sino también en los recursos espirituales, antes que buscar auxilio en otras lenguas, quiso y pudo enriquecer la propia en el vocabulario y en la frase, al paso que su espíritu ensanchaba las fronteras de la poesía lírica.

Ni limitó su influjo a la poesía. En la prosa su ejemplo es igualmente saludable. La claridad y donosura de la expresión

en *Los Nombres de Cristo* le ponen muy por encima de los escritores contemporáneos suyos. Hay una suavidad de concepto y de estilo en ese diálogo sutil y sencillo al mismo tiempo, que en presencia de ella nos parecen alambicados, oscuros y aun cansados los contemporáneos suyos a quienes se deben obras del mismo género. En su prosa salta a cada instante el poeta lírico, ora en las descripciones de la naturaleza *(Nombres de Cristo)*, ora en las alabanzas del madrugar o en la pintura de las costumbres matrimoniales *(Perfecta casada)*. Con excelente voluntad que excede a veces los recursos del entendimiento, algunos admiradores del Tasso han querido hallar en su obra aquella manera de sentir el paisaje que fue propia inventiva de los hombres del siglo XVIII en Francia y en Alemania. Con menor esfuerzo de imaginación y sin violentar demasiado la inteligencia, sería empeño grato mostrar cómo se adelantó a los poetas de la era romántica el autor de la oda *Al Licenciado Juan de Grial;* el poeta naturalista de la canción *A Felipe Ruiz de la Torre y Mota,* y el vate que exclamaba:

¡Oh campo, oh monte, oh río!
¡Oh secreto seguro deleitoso!
roto casi el navío
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Fitzmaurice Kelly compara la actitud de inasequible sencillez ante el paisaje en esta oda y en la dedicada a Francisco Salinas, con la visión de la naturaleza en Wordsworth. Acaso se podrían buscar efectos de semejanza no menos manifiesta en la riqueza de imágenes y en el ímpetu sentimental de Shelley. En algunos pasos la comparación se impone; sólo que allí donde el poeta de *Alastor* se conmueve ante el espectáculo de la naturaleza y entona un himno a la *Belleza Intelectual*, Fray Luis vibra con más sobria entonación cantando el misterio de la vida y las excelencias de la obra divina. Shelley fue un místico en cuya explicación del universo no intervenía lo sobrenatural. André Maurois cita en *Ariel* la frase de unas amigas del poeta que da la clave de esa hermosa inteligencia:

«¿Hay nada más encantador, se decían ellas, que un santo que es un hombre de mundo?» Si hubiesen agregado que sin dejar de ser santo, había eliminado de su mente toda creencia en lo sobrenatural, el retrato habría quedado completo. A Fray Luis de León, el místico fundamental a quien la fe hizo ascender a las altas esferas del misterio y de la lírica, le ligaban a la tierra su predilección por la belleza del paisaje, de la forma humana y de la armonía musical; su genio vivaz y su arrogancia para con la gente mediana que pretendió en más de una ocasión oprimir la inteligencia y la inspiración del poeta bajo el peso de las fórmulas secas.

B. Sanín Cano

(Lecturas Dominicales. Bogotá).

Noticia.—De los nombres de Cristo, empastado, lo ofrecemos al lector estudioso por **¢ 3-00**. En rústica: **¢ 2-25.**

Augusto Sandino, héroe de Hispanoamérica

Hoy he tenido una hora de verdadera exaltación americana. Llegó hasta mí un soplo de gloria intenso y trágico. Sentí por un momento la elación indecible, que nos suele, rara vez, levantar más allá de nosotros mismos.

De las montañas de Nicaragua ha llegado hasta mí un hombre que estrechó la mano leal y valiente de Augusto Sandino. Y yo he visto al héroe, capitán de un puñado de muchachos que combaten por la independencia de Centro América, y me ha parecido que estaba a su lado y que oía el ritmo de su corazón sin miedo. Lo veía con sus ojos negros, bajo el cerco magnífico de sus cejas, lanzar chispas de ese fuego que encendía las pupilas de Bolívar cuando la cólera parecía quemarlos. He visto a Sandino, grácil, esbelto, atravesar las selvas pobladas de quetzales, el ave sagrada que ignora el estado de esclavitud, para hacer excursiones al campo de sus enemigos, unos hombres que comen carne de bizonte y se embriagan con alcoholes envenenados.

Un joven hispanoamericano, Doctor en Derecho de la Universidad de París, me ha referido la entrevista que tuvo con Augusto Sandino en su propio campamento. ¡Qué conversación más interesante hemos tenido! Nuestras almas vibraron, confundidas en un mismo sentimiento, y nuestros corazones se conmovieron con esa santa emoción que sólo es capaz de producir la gloria del héroe que se sacrifica por la libertad de un pueblo y por el honor histórico de una raza.

El joven de que hablo recorrió escarpadas montañas para llegar al través del territoro hondureño, al campamento del capitán Sandino, porque Sandino no es general. Es apenas un capitán, como Ricaurte. Han sido los yanquis los que, sabedores de que el título de general está deshonrado en la América Latina, después de llamar bandido a Sandino, han resuelto denigrarlo aún más dándole el grado militar que exhiben algunos tiranuelos.

Sandino es un capitán, como Lindberg y como Franco cuando atravesaron el Atlántico, como Girardot cuando encendió al Bárbula.

Al héroe del velívolo prodigioso, que ha recorrido sobre las nubes el cielo de las naciones del Mar Caribe, nosotros los hispanoamericanos oponemos este héroe nuestro, que desafía desde las montañas nicaragüenses a los cuatro mil marinos que la potente máquina imperialista ha lanzado contra él, armados de bombas, ametralladoras y gases asfixiantes. A la procelaria de ojos azules que cruzó el mar en busca de nuevos rumbos para su vuelo, nosotros oponemos al águila zahareña que defiende los destiladeros de su patria contra miles de enemigos.

Augusto Sandino tiene la plena seguridad de que él representa la conciencia de la América española. Cuando su jefe, Moncada, resolvió plegar su bandera ante la diplomacia amarilla, Sandino y sus trescientos compañeros juraron combatir a los invasores de su patria y a sus traidores hasta arrojar a los unos y castigar a los otros, o perecer en la demanda. Como Córdoba, el héroe de Ayacucho, pudo decir el bravo nicaragüense que si era imposible vencer no era imposible morir. Con trescientos rifles y siete mil tiros emprendió la magna empresa. Conocedor admirable del terreno, educado en la escuela del peligro, propúsose hacer guerra de guerrillas, de emboscadas, de marchas rapidísimas, de atrevidos asaltos. A la manera del Empecinado acudió al sistema de guerra que, desde los tiempos de Viriato, ha dado a los ibéricos resultado sorprendentes.

Cuando sus enemigos creen tenerlo en sus manos, aparece Sandino a su espalda, sorprende un pequeño destacamento desprevenido y regresa a sus reductos inexpugnables por senderos que sólo él conoce. Ágil, a semejanza de un jerifalte, astuto como un zorro, violento como un jabalí, este muchacho de las montañas azules de la patria de Darío se mueve a su voluntad, engaña a sus enemigos, los acomete y los vence. Por tal modo se ha apoderado de ametralladoras, de fusiles de última invención, de cajas de municiones, de bombas de mano, de teléfonos y de toda suerte de equipos militares. Hoy combate Sandino a los marinos de Yanquilandia con las armas que aquellos mismos le han suministrado. «Armas, las del enemigo», se dijo Sandino, y las ha ido a tomar en las filas de los propios invasores de Nica-

ragua. Así capturó treinta ametralladoras de último modelo, con las cuales ha rechazado varias veces a la inexperta infantería de marina de los Estados Unidos saxoamericanos. Sus trescientos compañeros son ya ochocientos héroes, la legión más gloriosa que haya visto América. Entre ellos hay mejicanos, salvadoreños, guatemaltecos, argentinos, alemanes, colombianos y peruanos. Un día—dice mi interlocutor—el héroe vió llegar a tres marinos de las tropas invasoras, los cuales venían a formar en sus filas. A los estragos de las bombas de los aviones oponen la certera puntería de las armas de sus soldados, ocultos en reductos de roca.

El destino parece ponerse de su parte. Un día vió desde el pico de una montaña lanzarse un águila poderosa contra uno de los aviones de sus enemigos. «No estamos solos—pudo exclamar. ¡Las águilas combaten con nosotros!»

Aman sus compañeros extraordinariamente a este héroe juvenil y alegre. Lo obedecen y lo admiran. A la manera romana, siempre debe hallarse a su lado uno de sus compañeros, listo a darle la muerte si llegase el momento de caer prisionero. En lo más escondido de su campamento, en el fondo de una gruta, tiene su cuartel general. Sobre el muro de roca, un retrato, el de Bolívar. «Yo soy hijo de Bolívar», dijo Sandino a su visitante, y agregó: «Si yo comandara dos mil hombres así como estos muchachos que me rodean, arrojaría de Nicaragua a un ejército de diez mil marinos. Estos no saben combatir. Se embriagan. Carecen de iniciativa. En mi campamento nadie bebe alcohol; sólo agua pura beben mis hombres, pero de ciertos pozos y fuentes porque me he visto obligado a convertir en impotables la mayor parte de esas aguas, como justa represalia contra los gases asfixiante que emplean los norteamericanos. Yo acepto la guerra tal como la quieran los invasores de mi patria. Ellos son demasiado fuertes y poderosos... Yo, un débil soldado. ¡Dios dirá la última palabra! Sé que me llaman en Washington bandido; pero Sandino y sus hombres nunca violarán mujeres, ni mutilarán los cadáveres de sus enemigos. Vea usted estas fotografías. Regrese a su país y cuente lo que ha visto; vaya a Europa y diga en París que el bandido de Sandino no deshonra sus pequeñas victorias. Tengo prisioneros, entre ellos un oficial de alta graduación, por cuyo rescate me han ofrecido cinco mil dólares. Tambien me han ofrecido cincuenta mil porque haga la paz, como si el que severamente acepta la muerte pudiera pensar en el oro de los enemigos de su patria. Me cotizan como a cualquier Díaz».

—¿Y cuáles son los límites de su República de Nueva Segovia?—inquirió su amigo.

—Mi patria, aquella porque lucho, tiene por fronteras las de la América española. Al empezar mi campaña pensé sólo en Nicaragua; luego, en medio del peligro y cuando ya me di cuenta de que la sangre de los invasores había mojado el suelo de mi país, acrecentóse mi ambición. Pensé en la República Centroamericana, cuyo escudo ha dibujado uno de mis compañeros. Vea usted: un brazo extendido que levanta cinco montañas y sobre el más alto pico, un quetzal. Sabe usted que el quetzal es el ave de la libertad porque muere veinticuatro horas después de haberla perdido.

—He organizado — continuó diciendo Sandino—un Gobierno en la comarca que dominan mis fuerzas. Con los materiales telefónicos que he tomado en mis asaltos a los marinos yanquis he establecido una red de comunicaciones entre diversos puntos. Con el oro de las minas de la región he acuñado moneda. Diga usted a Hispanoamérica que mientras Sandino aliente la independencia de Centro América, tendrá un defensor. Jamás traicionaré mi causa. Por esto me llamo hijo de Bolívar...

Max Grillo

París, 18 de marzo de 1928

Pudor eclesiástico

= De *El Diario Nacional*. Bogotá. =

Encontramos en *El Sol* de Madrid esta noticia telegráfica:

«Viena 12—La bailarina negra Josefina Baker, que actúa en la revista del teatro Straus, ha escandalizado a los miembros del clero por salir a escena casi sin ropa. Esta semana, en señal de protesta, se celebrarán tres funciones religiosas expiatorias en la catedral de San Pablo, no lejos del teatro. Dichas funciones religiosas serán precedidas de un sermón de penitencia».

El triunfo de la Venus negra, endiosada por el público francés, ha sido mayor, según esto, en Viena que en París. Pues si en la capital del mundo la bailarina despierta entusiasmos excesivos, no ha llegado a suscitar quizá esa quintaesenciada admiración voluptuosa, concentrada y obsesionante, que revelan las piadosas providencias del clero vienés. Y eso se explica sin dificultades, porque la dulce capital austriaca siempre ha tenido un paladar más exquisito y moroso para saborear el pecado que cualquiera otra ciudad del mundo. No se comprende la actitud de aquellos venerables sacerdotes, que dicho sea de paso tienen la ventaja de ir aun a los teatros menos austeros, sino porque les ha impresionado muy hondamente el espectáculo de la embrujadora negra con sus formas escultóricas y su perversidad felina. Porque es preciso interpretar una exhibición artística, no con mirada de espectador desinteresado ni de curioso esteta, sino con ojos de teólogo moral, avezado a los secretos tortuosos de la malicia, para darle una interpretación trágica, y administrarle remedios de fisonomía heroica.

Es la vieja cuestión de la culpa, sublimada, esprimida por la conciencia meticulosa, hasta dotarla de su mayor atractivo para los espíritus fuertes en disciplinas místicas y orientados hacia las cumbres de la fruición. El profano, el hombre común y corriente, va al placer con sencillez, sin darle una gran impotancia. Cree que es una función natural que tiene derecho a ejercer, una lógica distensión de sus músculos, un descanso para su cerebro, más fatigado cada día por la tarea que impone nuestra civilización. Pero para el devoto, en cuya mente los goces son pecados, aquéllos adquieren una formidable intensidad. No sólo por raros, sino por la superación de las fuerzas ordinarias que supone la audacia de ofender a Dios. De ahí la formidable potencia de voluptuosidad, de voluptuosidad intelectual, que posee el santo. De ahí el prodigioso florecimiento de aquellos divinos madrigales, de aquellos exaltados éxtasis, en que las almas en trance místico pugnan por escaparse de sí para hundirse en el seno del amado, anegarse en él, consubstanciarse indisolublemente con él.

Teresa de Jesús, la doctora insigne de Avila, nos dejó en sus escritos como una estela marcada indeleblemente con la sangre de su corazón en llamas. Ella era la pasión, toda la pasión, cálida, trepidante, abrasadora, arrojada por la pureza de su vida al deliquio de los inmarcesibles arrobamientos. Y sólo temperamentos de esa índole, aprecian el sutilísimo matiz del pecado sensual. Ellos avalúan sus más tenues y delicadas gradaciones, sopesan con pulso ultrasensible su gravedad, saben dónde empieza el suave consentimiento, dónde la perversa delectación, y dónde se alza la cumbre abominable y exquisita del pecado mortal. Verdaderamente, si en todo predominara, como debería suceder, un criterio de selección, el pecado debería ser el monopolio de los moralistas religiosos. De esos expertos catadores del placer, que saben probarlo, paladearlo y asimilarlo con el refinamiento que exige una vida cada vez más perfecta. De otra parte, el místico, que siempre es un alma elevada, no suele encharcarse en el vicio. Conoce los caminos de penitencia. Se sumerge, arrepentido, en las aguas lustrales. Peca, porque sabe que no carece de fuerzas ni de medios para redimirse.

No ha de esperar Josefina Baker, por grande que sea su vanidad, y por razones étnicas hay que suponerla infinita, recibir en su vida artística y en su vida de mujer, un homenaje más cargado de significación que las festividades expiatorias de Viena.

Maitre Renard

Abril 29, 1928.

Arenga a todos los colombianos

Hic ure, hic seca,
hic non parcas...

(*A* Sebastián Mesa Merlano).

¡Hombres que sois los amos de Colombia la triste:
escuchad lo que os dice mi voz;
porque no soy yo Dmitri Ivanovitch, quien os habla:
es anhelo confuso que en mi canto pasa como un rumor!

Cansado está el labriego, hombres retóricos y adustos,
de sembrar fanegas de trigo a cambio de mendrugos de pan;
el obrero que levanta ciudades y tiende rieles
vive como una bestia y come mal.

Y todos cuantos subsisten del esfuerzo honrado del cerebro,
del trabajo del músculo, empiezan a tararear
la canción explosiva que suena
como rumor del viento cuando se acerca la tempestad:
'Hijo del pueblo te oprimen cadenas,
tánta injusticia no puede durar!

¡Hombres que lleváis a Dios en los labios y al Diablo en el alma;
que estáis en el festín de Baltasar:
en verdad os digo que mi canto es la mano que escribe en el muro
el aviso fatal!

No, perversos, no es la voz de la estepa rusa
traída a la república tropical:
son el alma y la carne de Colombia las que se quejan
porque tienen sobra de angustia y hambre de amor y falta de pan!

Es el pobre concertado de la Costa,
el indio miserable de Boyacá,
el boga del Magdalena quien dice
que tánta injusticia no puede durar.
Son los proletarios de cuello y corbata,
que empiezan a vislumbrar
que la oficina y el taller son solidarios
cuando hay que defenderse del dragón infernal.

¡Hombres que sois los amos de mi Colombia triste!
Tú, Presidente; y tú, Representante; y tú, Senador;
y tú, dueño de vidas porque eres dueño de haciendas;
y tú, Prelado que dices que apacientas almas en nombre de Dios:
¡Escuchad lo que os digo, por vida vuestra,
escuchadlo: que no soy yo,
es la angustia de todo un pueblo, es el alma de Colombia
lo que grita en mi canción!

Mirad: todos nacimos en el mismo regazo;
a todos nos parió la misma madre:
el blanco, el indio, el negro,
(hasta el mulato cobarde
que por tener cuatro pesos quiere inventar pergaminos
y se las echa de blanco, renegando de sus padres),
todos salimos del mismo vientre doloroso;
por las venas de todos corre la misma sangre:
porque todos somos hijos de Colombia,
de la Patria triste que pudo ser grande;
desta Colombia que es hoy madrastra de muchos
y de todos puede ser madre.

Presidente de la República, Ministro del Despacho,
[Gobernador,
Procurador de la Nación, Senador, Representante:
¿qué haces, Colombiano, en esta hora turbia?
¿por qué no cumples con tu deber antes que sea tarde?

Y tu, Juez o Magistrado,
que a ser justo por oficio estás obligado:
¿por qué cuando la Ley aplicas
matas con la letra muerta y con el espíritu, que es luz, no vivificas?
¿por qué mides con dos varas
si una sola es la Ley que declaras?
¿o es que son tus leyes perro rabioso
que muerde al de ruana y esconde el rabo ante el poderoso?

Y tú, periodista,
malabarista,
funámbulo del decoro
que, saltando en la cuerda floja de las ideas,
cuando escribes tu editorial piensas en el oro
de la plana de avisos: ¡Maldito seas!

Grave farsante,
doctor sutil,
ex-demagogo claudicante,
lacayo del amo imperante:
¡Maldito seas, zascandil!

Eres burro con piel de león;
eres monte de papel cartón,
que se estremece a diario y de cuando en cuando pare un ratón.

Eres vendedor de específicos liberales,
panacea de todos los males
que, según tu provecho, despachas por pesos o por reales.

Sembrador que mezclas la cizaña al trigo,
que del pueblo incauto te dices amigo;
por vender tu diario, le halagas, le incitas,
al motín o la huelga le precipitas...

Y cuando el pueblo confiado, como aquel 13 de marzo,
por tumbar al Dictador le pone el pecho a las balas:
a ti, conductor del pueblo, en los pies te nacen alas
y aguardas el desenlace escondido en cualquier zarzo.
(Sín perjuicio, ¡naturalmente!,
de que cuando se triunfó
aparezcas muy sonriente
dándolas de libertador).

Y cuando el pueblo algún día por la acción cambia la queja
cuando el pueblo pide justicia, como en Barrancabermeja,
tú, periodista avanzado, oso de titiritero
que al son de los Derechos del Hombre tendiste el sombrero;
tú, del pueblo campeón y amigo,
dices para tu capote: *¡Esta no es conmigo!;*
te sientes hombre de orden, agarras una bandera,
te la colocas encima cual si fuese una pollera,
y luego, con voz equívoca y aires de tonadillera
«lamentas» que al pueblo (que ahora resultó «chusma anarquista»)
tuviera que echarle bala el Gobierno legalista.

¡Ah, hombrecillo que tienes el alma de cera,
que de veleidad haces acopio
para hablarle a la nación entera
siempre en nombre de un grupo y nunca en el propio!
¡Debiste nacer mujer y hubieses sido ramera!

¿Cuándo te vas a quitar la máscara?
¿cuándo tendrás decoro y valor,
y en vez de decir «la opinión del pueblo», «la gran mayoría»
«la gente sensata», «nosotros los jóvenes», etcétera, etcétera,
dirás simplemente, como *un* hombre: *Yo?!*

Dies irae, dies illa
Solvet seclum in favilla
Teste David cum Sybilla

Sin embargo, no temas, tunante,
aunque la Justicia se acerca como un gigante,
aunque el pueblo te ha seguido los pasos,
por no gastar pólvora en gallinazos,
cuando la Justicia se halle imperante
te sacaremos de Colombia a cocotazos.

Y tú, sacerdote de Cristo,
el Dios del vencido, del triste
cuya dulce figura se viste
en la historia de amor imprevisto;
díme tú, fariseo siniestro:
¿dónde fué que el Divino Maestro
hizo alianza con Poncio Pilatos
o con César pactó concordatos?
¿quién le vió sosteniendo Gobiernos?

¡Suyos fueron anhelos eternos!
¡Suya el alma que ama y padece
y que sabe de amor y de llanto
y su don celestial no envilece
ni cotiza el Espíritu Santo!

¡Suyo fué cuando hay de fecundo
y la causa de la plebe!
Por eso la chusma y los amos del mundo
le clavan en una cruz, le insultan con mofa aleve;
pero el porvenir profundo
es suyo y nadie quitárselo puede!

¡Rey de las llagas divinas!
¡Rey de la corona de espinas!
¡Rey de burlas! ¡Rey del cetro de caña,
del salivazo en el rostro, de la bofetada cruel!
Que su sangre roja redima y limpie y tiña tu almilla, alimaña,
que insultas a nuestro Cristo cuando hablas en nombre dél.

Y tú, poeta, tú, barro
en que Dios sopló por segunda vez
para hacerte algo más que un hombre
y que al mundo hablaras en nombre dél:
¿por qué no lanzas tu guijarro
como David frente a Goliat?
¡Tu torre de marfil debe ser faro
no sepulcro blanqueado de vanidad!

¿No eres ola del mar de la vida?
¡Pues lánzate al mar!
¿No eres hombre que lleva en las manos la antorcha que canta?
¡Puez hazla arder y cantar!

Sé noble mastín que se eriza y ladra y muestra los dientes
cuando amenazan los bandidos la heredad:
¡no estés como gato capón y cobarde
dormitando junto al hogar!

Poeta, Ungido de Dios, Colombia quiere escucharte,
más que la corona de oro pesa el gajo de laurel,
¡canta con la voz que Dios para todos quiso darte
y que haya en *tu* voz de hombre un eco de la de Él!

Vives, poeta, entre un pueblo que sufre hace mucho tiempo;
úlceras hay en su alma, llagas en su corazón:
¿no tendrás voz en tu pecho para hablar desta miseria?
¿prefieres irte a la Biblia a mendigar la de Job?
¿o será que el dolor y la podre del Job colombiano,
porque son pobredumbre y miseria y dolor de un hermano,
porque son algo nuestro y humilde y cercano
no hallan eco en tu lira soberbia de ilustre cantor?

Pueblo colombiano, pueblo colombiano
en el que la cólera ya hierve y estalla:
tus amos te dicen la canalla,
¡pero tienes lo por venir en *tu* mano!

Es ahora contigo con quien hablo, pueblo,
los que me conocen, bien saben quién soy:
¡Hombro a hombro me han visto con ellos
ayer, lo mismo que *hoy!*

Como se acerca la hora
de la justicia final;
como los que te engañaron ven con angustia mortal
que ya no gritas ahora:
¡Viva el gran partido liberal!;
quieren, con rótulo nuevo, repetir la infamia vieja;
quieren explotar de nuevo tu malestar y tu queja:
¡te buscan nuevamente para subirse en ti, pueblo que amo!
Para decirte luego, cuando estén en el poder y tú te atrevas
a recordarles que se encuentran donde están porque los llevas
sobre tus lomos de paciente buey:
«Hay que mantener el imperio de la Ley...»,
«La Libertad no es la Licencia...», «La chusma no manda...»
[«¡Yo soy el amo!»

Tuyo es el futuro, pueblo,
en tus manos están la fuerza y la palma;
pero nadie, salvo tú mismo, podrá salvarte:
para llegar a la cumbre sin extraviarte,
has de ser, ante todo, dueño de tu alma.

¿A quién dominarás si te domina la locura?
¿Cómo te librarás de los amos si tienes el alma vil?
¿Quién te dijo, pueblo, que se conquista la altura
sin la disciplina férrea y el esfuerzo varonil?

¡Adelante, adelante, pueblo mío,
recuerda que eres un río,
cuyo destino es el mar;
ten presente que si no hay cauce
el vigor del agua se deshace:
haz cauce de tu voluntad!

Voluntad de llegar al mañana
pasando por el puente del hoy;
voluntad de conquistar la tierra lejana
o de mostrarla siquiera a los que la buscan hoy.

No pienses solamente en tu parte mezquina de dicha;
piensa en toda la humanidad;
piensa en tus propios hijos, los hombres del mañana...
¡por ellos vas a luchar!

De nada vale, pueblo, que te pares frente a la cumbre
y que te pongas a gritar:
«¡Esa montaña es mía, quiero subir a esa montaña!»
No, pueblo, *No*: para llegar
hasta la cumbre enhiesta donde como condores moran tus sueños
de redención y de libertad:
hay que pedirle al músculo esfuerzo
y constancia a la voluntad:
¡hay que cerrarse en fila compacta y subir como hombres
con el deber a cuestas, la mirada en los astros, en el corazón
[la piedad!
¡hay que subir por entre piedras que lastiman los pies sangrantes
en vez de quedarse abajo perdiendo el tiempo y gastando la
[fuerza en vociferar!

¿Acaso el labriego puede decirle al grano de trigo:
«Hazte pan ahora mismo, que tengo hambre?» ¡No!
Hay que abrir el surco y echar la simiente y segar las mieses
y aventar la paja y moler el grano y amasar el pan del amor...
¡Hay que saber que el porvenir sólo engendra
lo que el hombre pone en el hoy!

¡Hosanna, pueblo, hosanna!
¡Tuyo será el mañana!
¡Tuyo es el porvenir!
¡Gotas míseras son tus hijos dispersos:
mar serán si los sabes unir!

Tuya es la fuerza, pueblo,
pero débil estás:
porque entre todos los amos que te dominan
no hay uno solo cuya crueldad
iguale la del amo que llevas a cuestas
adondequiera que vas:
Ese amo, pueblo de Colombia, es tu indisciplina;
es tu falta de voluntad.

¡No dejes que jueguen contigo
¡No te dejes alucinar!
¡Dale un puntapié a los ídolos,
pero no alces otros en su lugar!

Y ante todo, pueblo de Colombia la triste,
víctima de farsantes que nunca te han dicho la verdad;
juguete de caricaturas de apóstoles que te adulan
y te adormecen con espejismos de revolución social;
esclavo de amos corrompidos
que ni siquiera saben mandar;
ante todo, pueblo de Colombia:
conócete a ti mismo, arranca tus defectos, templa tu voluntad.
Y cuando hayas marcado el rumbo,
cuando sepas lo que quieres y adónde vas:
¡toma el timón de la nave en tus manos aptas y fuertes
y lánzate al mar!

Dmitri Ivanovitch

Panamá, mayo de 1928.

Suero de macho y suero de hembra

Aceleración o retardo de los caracteres sexuales secundarios según el suero que se inyecte

Por

C. Picado T.



POLLOS MACHOS, DE LA MISMA EDAD, CON TRES SEMANAS DE TRATAMIENTO
Izquierda, con suero de gallina. Derecha, con igual cantidad de suero de gallo

En nuestras notas anteriores publicadas en *Repertorio Americano* (Nos. 4, 11 y 19) concernientes a nuestra teoría de inmunización contra la senectud, no olvidamos los problemas concernientes a un probable traspaso de hormones sexuales al practicar la inyección del suero.

Esta nota tiene por objeto dar la confirmación experimental de nuestra hipótesis.

Sabido es que los hormones sexuales de la hembra son el freno que impide la aparición de signos viriles en las mujeres: voz ronca, pelo en la cara, etc. Una gallina cuyo único ovario es extirpado, viste pronto plumaje de gallo; la cresta y barbas crecen como en el macho; un injerto de ovario hace volver a la modesta librea de gallina. Por otra parte, un pollo capón, de cresta y barbas exiguas y pálidas, adquiere con un injerto de testículo, la cabeza típica del macho y además el canto inconfundible del gallo.

Queriendo saber qué pasa a pollos machos impúberes, inyectados con suero de adulto, hembra o macho, instituimos las experiencias relatadas en la nota anterior. (*Repertorio* N.º 19 de 19 de Mayo de 1928).

Al cabo de tres semanas de tratamiento notamos que los pollos que recibían suero de gallo tenían un aspecto neto de macho, mientras que los que recibían suero de gallina, guardaban trazas femeninas.

La fotografía adjunta, muestra, a la vez que las diferencias de tamaño en las crestas y barbas, una gran diferencia en cuanto a coloración se refiere.

Estas experiencias, demostrativas en extremo, debieran hacer reflexionar a quienes no toman en cuenta los sexos, ni la edad, para las transfusiones sanguíneas. Dejan, además, vislumbrar, fáciles correcciones fisiológicas para niños «revejidos» y mujeres andromorfas. Asimismo, por inyecciones adecuadas de suero de mujer, es muy verosímil que se puedan corregir las perturbaciones, mortales a veces, inherentes al embarazo y la actancia.

Para nuestras cuentas lo que nos importa es: que las inyecciones de suero de adulto, en vista de inmunización contra la senectud, no deben practicarse al joven, sino *a partir de la pubertad*, tal y como lo decíamos en nuestro primer subtítulo.

(Trabajo del Laboratorio del Hospital)
San José, Costa Rica, junio de 1928.

De tarde en tarde se dice en alguno de los diarios locales, que el *Repertorio Americano* es casi desconocido en Costa Rica. No es justo ni conveniente que prosperen tales decires. Los números darán a nuestros lectores idea cabal de la extensión que el *Repertorio* ocupa en el mapa espiritual—digamos—de Costa Rica. Semanalmente se distribuyen:

En San José, la ciudad capital....................313 ejps.
En las provincias... 350 ejps.

Total de suscritores: **663**. Y hay que suponer, es claro, que los lectores sean más.

Como se ve, un sector de la Costa Rica adelantada se asigna la honrosa empresa de sostener el *Rep. Am.* Sin esta ***base*** económica costarricense, nuestro semanario no se mantendría un mes más. Así conste.

A la benevolencia de nuestro amigo Carlos Fernández Mora debemos la ocasión de dar en la próxima entrega, una página literaria de Carlo Alberto Salustri, poeta italiano moderno, de mucha resonancia como renovador de la fábula, y muy conocido con el pseudónimo de *Trilussa*.

La correspondencia (impresos), para Gabriela Mistral, diríjase a

Consulado del Ecuador.
34, rue. Senac. Marseille, France.

Referencia.—A nadie sorprenderá que la *Literatura Latina y Antología* de don Vicente García de Diego sea un excelente manual didáctico. El señor García de Diego es un filólogo, no sólo en el sentido estricto, sino en la amplia acepción que ya señalaba Renán en *L'avenir de la Science*.—Cita de ***E. Gómez de Baquero.***

Señalamos:

Panchito Chapopote. Retablo tropical o relación de un extraordinario sucedido de la heroica Veracruz. Maderas originales de Ramón Alva de la Canal, es de Xavier Icaza.—Editorial *Cultura*. México, 1928.—Donación del Autor.

Disponemos de ejps. de esta obra. A ₡ 3.

Tablero

=1928=

Jorge Mañach.—*Tiempo muerto.*-Cultural S. A.—La Habana.—Donación del Autor.

Esta obra obtuvo el segundo premio, ofrecido por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, en el concurso teatral de obras cubanas, celebrado en enero de 1928, por iniciativa de la insigne actriz argentina Camila Quiroga.

El Nuevo Derecho, por Alfredo L. Palacios. Prólogo de Manuel B. Gonnet y Carlos Sánchez Viamonte. Segunda edición con nuevas notas del Autor.—El Ateneo.—Buenos Aires, 1928.—Donación del Autor.

Alfredo L. Palacios: *Universidad y Democracia*. Editorial Claridad. Buenos Aires.—Donación del autor.

I. Por la Universidad democrática.—II. Los logreros de la política universitaria.—III. La Universidad contra las dictaduras y el militarismo.—IV. El Congreso de las Iglesias Cristianas y el sentimiento religioso.—V. Panamericanismo e Iberoamericanismo en la Universidad.—VI. La solidaridad iberoamericana y los estudiantes universitarios.—VII. Llamado a los jóvenes universitarios de Estados Unidos contra la plutocracia yanquí.—VIII. La juventud universitaria y la tentativa del fascismo en la argentina.—IX. En la Academia de Ciencias Económicas: *La interpretación económica de la Historia*.—X. En la la Facultad de Ciencias Económicas: *Nuestra Legislación del Trabajo*.

Apuntaciones sobre La Novela en América por Pedro Henríquez Ureña. Bs. Aires, 1927.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones posteriores.

Ideas políticas.—El lema de Cavour: *Italia fará da se*, me parece el postulado de toda política nacional. Lo demás es utopismo. Hay que partir de lo que encontramos ante nosotros, sea lo que sea, mejor o peor, e inducirlo a que por sí mismo se regule y trasforme. La política no puede ser nunca elucubración abstracta. El mejor discípulo de Aristóteles, el claro Teofrasto, dejó un libro, hoy perdido, del que sólo conocemos el bello título flotante: *Politiké pros ton kairon*—es decir, en versión literal, política de oportunidad—. No hay más política que la de oportunidad. Los griegos, siempre agudos, hicieron del *kairon*, de lo oportuno, un dios. A veces se trata de una gran oportunidad, del momento feliz, de la hora más fecunda.

Al que no sabe nadar, enseñarle a nadar es mejorarlo; pero enseñarle a nadar es echarlo al agua, a fin de que él, por sí mismo, nade.

Al lema de Teofrasto y al de Cavour agreguemos el de los soldados de Cromwell: *Vestigia nulla retrosum*. (Ninguna huella hacia trás). Para un pueblo como el nuestro mirar atrás es ya desasirse del presente, iniciar la fuga ominosa.

Porque no hay una sola ciudadanía. El ciudadano, el *civis*, lo es en función de una *civitas*, de un Estado. Hay, pues, tantas ciudadanías diferentes como sean los tipos de Estado. No tiene sentido pedir a las gentes que se interesen por un Estado que no les interesa... por el contrario, es menester inventar un Estado que interese a las gentes, y sólo entonces se conseguirá hacer de ellas ciudadanos.

Naturæ non imperatur nisi parendo—decía Bacon—. No se puede mandar a la Naturaleza sino obedeciéndola. Obedezcamos, pues.

No advierten que las instituciones—el orden—sólo son fuertes cuando hay fuerzas sociales que las nutran con su dinamismo. Para que un Estado se derrumbe no hace falta que se produzcan revoluciones contra él; basta con que aflojen su asistencia de fervor las masas pacíficas de ciudadanos.

De este error hemos arrancado ya una raíz romántica: la resonancia melodramática del pasado, el afán tradicionalista—desastroso *siempre* en política—de coincidir con el pretérito, en vez de buscar *siempre* la solución en el futuro.

No hay vida política si no hay un margen de movilización. Vivir—en lo público como en lo privado—no es yacer, sino, por el contrario, aspirar, intentar, emprender.—*Citas de **José Ortega y Gasset**.*

Señas de escritores peruanos:

Enrique D. Tovar y R.—Espíritu Santo 535. Lima. Perú.

José Gálvez.—Pasaje Huérfanos, letra *D*. Lima. Perú.

José Pardo Castro.—Imprenta *El Comercio*. Lima. Perú.

Luis Felipe Lira Girón.—Legación de Bolivia. Lima. Perú.

Dr. Luis Varela Orbegoso.—Rectorado de la Universidad Mayor de San Marcos. Lima. Perú.

Dr. Clemente Palma.—Calle Pando. Lima. Perú.

Dr. Raúl Porras Barrenechea. Archivo de Límites. Ministerio de Relaciones Exteriores. Lima. Perú.

Ezequiel Batarezo Pinillos. Director de *La Noche*. Lima. Perú.

De la Editorial *Babel*, de Buenos Aires, hemos recibido, para la venta, estas excelentes obras:

Horacio Quiroga: *El salvaje*.
Leopoldo Lugones: *Cuentos fatales - Romancero - Los crepúsculos del jardín - Filosofícula*.
Roberto J. Payró: *El casamiento de Laucha*.
Luis L. Franco: *Los hijos del Llastay*.
B. Sanín Cano: *La civilización manual*.
E. Méndez Calzada: *Nuevas devociones*.
Martín Gil: *Agua mansa*.
Alberto Samain: *Cuentos*
Alberto Gerchunof: *Enrique Heine*
Horacio Rego Molina: *La víspera del buen amor*
Luis Cané: *Mal estudiante*.

A **₡ 4.00** el tomo, en la Adm. del *Rep. Am.*

Referencias.—Wundt... en el admirable capítulo sobre las «formas primitivas de las creencias mágicas y demoníacas» de su libro *Elementos de la psicología en los pueblos*. (Elemente der völker psychologie. Leipzig, 1912).—Cita de ***Gonzalo R. Lafora.***

He aquí un libro del viejo Prondhon, que bien merece ser

leído y meditado: *De la création de l'ordre dans l'Humanité.* —Cita de **Luis de Zulueta.**

Burton: *Personal narrative of a Pilgrinage to El Medinah and Meccah* (1857). Un libro delicioso, que hubiera en su tiempo debido traducirse al español. Sin embargo, el clásico de los viajeros por Arabia es Doughty, cuyos *Travels in Arabia deserta* recomiendo vehementemente lector. Asimismo, las cartas de Gertrudis Bell, que vienen a ser el *contraposto* femenino al libro de Lawrence *The Revolt in the Desert.* Lo más reciente es W. B. Seabro: *Adventures in Arabia*, 1927. Nueva York.—*Cita de* ***José Ortega y Gasset.***

Una circular interesante, que acogemos con toda simpatía:

3r. Congreso Internacional Femenino
Auspiciado por el Club Argentino de Mujeres
Ayacucho 1176

Buenos Aires, Rep. Argentina, Abril de 1928.

Señor Director de la Revista
REPERTORIO AMERICANO
San José de C. Rica

La Comisión Literaria del 3r. Congreso Internacional Femenino, que se reunirá desde el 22 al 30 de Noviembre, en Buenos Aires, (Argentina), tiene el agrado de dirigirse a Vd. en nombre de la Junta Central y en el propio, anunciándole cómo, anexas al Congreso, funcionarán exposiciones de arte, de industria y DEL LIBRO FEMENINO (literario, científico, etc.) para las que solicítase el envio de obras (EN EJEMPLARES DOBLES, SI SE TRATA DE LIBROS), con añadido de fotografía y autógrafo de las escritoras y poetisas.

Las remesas se esperan, ya por intermedio de la legación de su país en Buenos Aires, ya en forma particular y directa, hasta el 30 de Octubre del año en curso, encabezada a la señora Presidenta, (calle Ayacucho 1176).

Con la certeza de que Vd. aporte su estimable colaboración salúdanle fraternalmente.

Por la Junta Central

Dra. ELVIRA RAWSON DE DELLEPIANE
Presidenta

JUSTA G. DE ZALAZAR PRINGLES
Secretaria General

Por la Comisión
MARÍA VELASCO Y ARIAS